

tela

POR EL FUEGO DEL QUINQUE

FOR THE LIBRARY OF THE
MUSEUM OF NATURAL HISTORY

20/1-
num
EMMA R. MOSTO

estación 345

Sancti Spiritus

POR EL FUEGO DEL QUINQUE

29.097



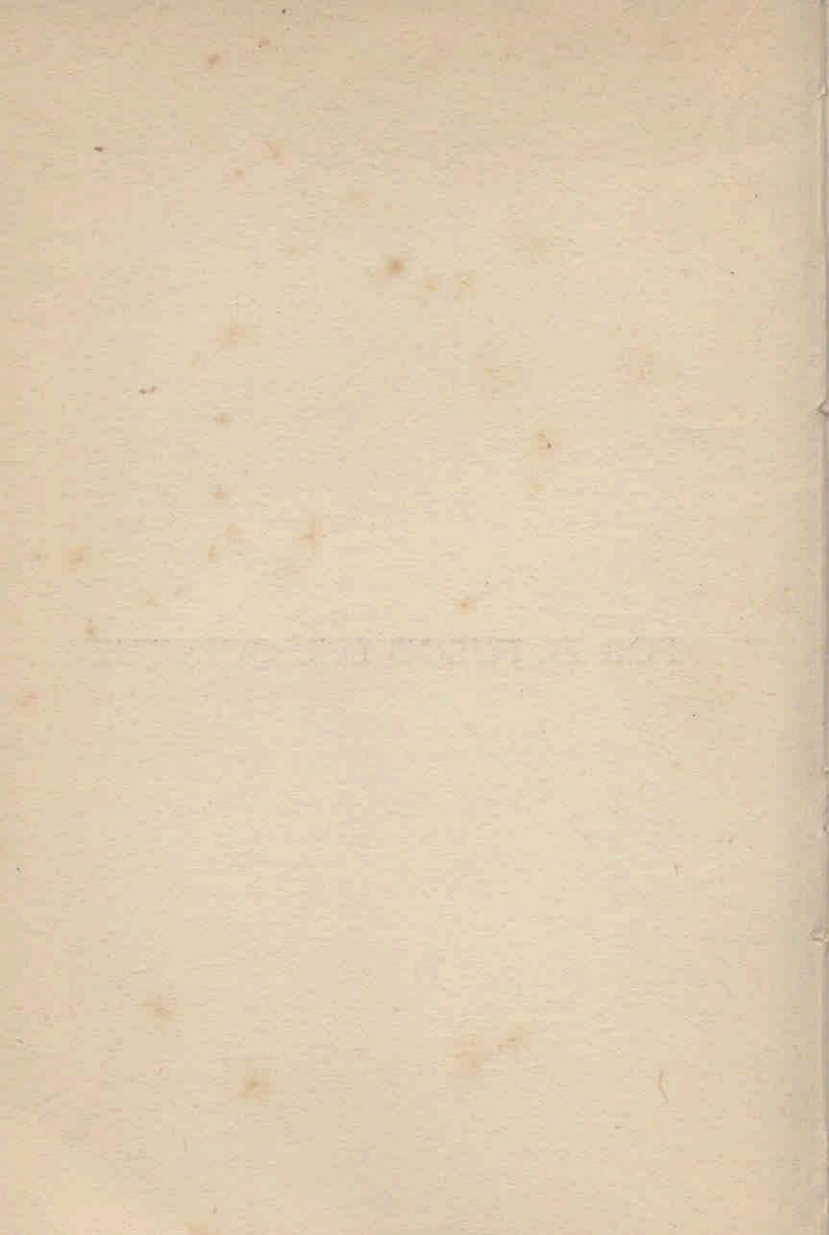
EDITORIAL TOR
RIO DE JANEIRO 760
BUENOS AIRES

(34)
22.17.24



A los escolares argentinos a quienes la escuela y el libro han de instruir, despertar buenos sentimientos y amor a este suelo, para que inspirados en los que nos legaron esta hermosa Patria, contribuyan a engrandecerla con propósitos y obras que merezcan la admiración y la gratitud de las generaciones futuras.

POR EL FUEGO DEL QUINQUE



DE NUEVO, ROTURA LA TIERRA

Ten paciencia, labrador, ten paciencia que otros años mejores llegarán.

Rotura de nuevo la tierra y espera nuevamente, que el agua y el sol harán germinar la simiente que arrojes al surco. Mañana, los tallos esbeltos, se alzarán al cielo, las flores celestes salpicarán de turquesas los campos, la verde bolilla cual estuche de oro, luego, encerrará el grano multiplicado.

Tomarás la hoz en tu mano, y alentado de nuevo, olvidarás las pésimas cosechas que te dejaron sabor a hiel en la copa de la vida y desesperanzas en tu alma.

¡Arriba el ánimo, que el triunfo hunde y destierra el fracaso y llena de ansias de lucha y de fe el porvenir! Por el año próspero, hunde de nuevo el arado en el seno de la tierra, que un día no lejano, te devolverá con creces, el esfuerzo que realizas.

LA MAJADA VUELVE AL CORRAL

La majada empieza el desfile, va por donde el guía la lleva, por el camino largo y angosto se empujan los animales, se aprietan, todos quieren seguir por la misma ruta, como tirados por un invisible cordel. Se levanta una gran polvareda. Muchos balan; ¡Mée! ¡Mée! ¡Mée! Pronto forman un coro triste y rezongón, una protesta general porque no quieren quizás volver al redil, porque desearían ver tal vez, el alba desde el campo abierto... El puestero no escucha sus protestas y los arrea, con su caballo, los empuja, al son de su ¡juep! inconfundible; un perro ovejero lo secunda en sus funciones, va y viene, corre, encaminando a los pocos que se apartan y ladra a algunos rezagados.

De pronto se oye un balido, más melancólico, largo y tierno que el de los otros, es el del cordero menor de la majada que mezcla llanto en sus quejas, porque no puede seguir el paso de sus mayores y porque su madre se ha extraviado en la caravana que marcha mirando al suelo o hacia adelante siempre, cual si perdiera toda otra noción que no fuera, ir unos detrás, en pos de los otros.

El corderito se calla a intervalos, trata de re-

conocer la voz materna, pues la necesita más que nunca, porque tiene miedo que lo dejen solo en el campo, en la oscuridad de la noche que lo aterra. Bala: ¡Mée! ¡Mée! ¡Mée!

En esos instantes, rodeado de nubes que semejan fantásticas legiones de seres apocalípticos, pegosos gigantes otros con troncos de hiena, humanos otros más, de agudos y extraños perfiles, cuyos cuerpos extraños se pierden en nebulosas de raros colores, el sol da su última guiñada a la tierra y la sumerge luego en una tenue sombra, y poco a poco, invade el tétrico silencio de los atardeceres de estío, de nuestros campos, mientras que la brisa fresca impregna el espacio con un vaho peculiar, cargado con el perfume de los yuyos, los pastos y las flores campesinas.

La quietud se impone... Después, el balar y el paso de la majada, el tranco o el trote del caballo del puestero y el ir y venir del perro que lo secunda en el arreo, es lo único que corta la calma triste y silente de toda la campiña.

Corren apresuradamente al aproximarse y al divisar la puerta del corral y se precipitan: las ovejas, carneros, corderitos y borregos para tomar ubicación en el cerco, y en la noche, tendidos a la luz de la luna, semejarán copos espumosos, so-

bre la tierra oscura. La naturaleza dormirá tranquila y la tos del corral resonará como la única palpitación viviente, en la paz profunda del espacio y de los campos.

JAZMINES DEL CABO

Los cálices cierran y envuelven las flores que pronto abrirán.

Los rayos del sol de Noviembre apuran la eclosión; horas tras horas las vendas, los sépalos se aflojan y se desprenden, dejando entrever, lácteos blancos y ribetes de albura. Lentamente, el calor divide los pétalos, bellas corolas despliegan sus galas y luego, jazmines primorosos se hamecan y balancean en sus pedúnculos, exhalando delicioso perfume. ¡Cómo adormece el aroma de las niveas flores lleno de inconfundibles gotitas de esencia divina! Arrobadora alegría, algo de soles, de bullangas de pajarillos, de festines de natura, exhalan en su sahumo peculiar los albos jazmines de mi tierra que el viento mece, cual si fueran mariposas de nieve posadas en el verdor de las predilectas del jardín florido.

¡Bienvenidas flores impolutas, ofrendas de dio-

ses, regalos del cielo que llegáis como embajadoras gentiles de estío, y para doncellas y galanes, como nunciadoras de misteriosos o probables regocijos! Homenaje de la flora fragante que adornáis búcaros, altares y salones, ¡con qué delicadeza os desprenden las que quieren luciros en el pecho! Os ofrendan, los devotos, a su Dios y a sus santos favoritos, os oprimen suavemente los que os aspiran, ya que llegáis hasta lo más profundo del alma para despertar hasta dormidos recuerdos. Jazmines de mi tierra: brindadnos siempre la gracia de vuestra belleza y quiera el cielo que no falten jamás en verano: ¡ni vuestro perfume, ni el sol coruscante, ni el trino, ni el gorjeo de pájaros en los montes umbrosos!

POR LOS SUYOS Y SU RAZA

La india cayó en poder de las blancos, los que para arrancar el secreto de sus labios, le quemaron los dedos y hasta quisieron carbonizar su lengua.

—Confiesa dó está el cacique, tu marido; confiésalo y tuya será, de inmediato, esta inmensa vastedad, — le dijo al oído el conquistador.

La cólera se apoderó de la nativa y declaró re-

suelta: — ¡Nunca, jamás traicionaré a mi hombre, a mis hijos, ni a mi raza! En vuestras manos estoy, haced pues, cuanto de mí os plazca.

—Dos horas de plazo te doy, ¡cede! — gritó el furibundo jefe, — y si no, las lanzas traspasarán tu pecho.

—¡No cedo! — exclamó indignada la india, al erguir su altiva frente; y mientras se aprestaban a ultimarla, sonriente, iluminada por la llama del amor, y por su suprema felicidad, añoró a sus hijos, a su tribu y a aquel hombre, de tez bronceada que domeñaba su corazón entero y por quien iba a morir. Miró después despectivamente a sus verdugos, y serena, a los ojos perplejos de todos, recibió el golpe repetido del acero que horadó sin piedad su carne, y su corazón. Con admirable y estoica resistencia, apretaba sus labios, sin exhalar ni un gemido, ni una sola queja, y lanzando al sol, el dios de los suyos, su postrer mirada, se despidió del mundo.

EL COFRE DE MADERA ANTIGUA

¿Por qué ocupa lugar preferente entre tantas cosas nuevas, brillantes y artísticas, ese cofre ya tan viejo y desteñido?

Su historia data de siglos remotos. Así cuentan, que se encerraron en él, órdenes y edictos por los cuales se levantó la pira donde ardieron condenados por intransigencias religiosas.

Fué el arca en que se ocultaron, en época pre-téríta, las confidencias de aquella princesa blanca que se dejó morir, antes que faltar a la palabra empeñada a aquel jefe moro tan apasionado, que llegado de allende los mares, se prendó de tanta belleza; de aquel moro, a quien un enemigo impío, enamorado de la misma mujer, condenó a cadena perpetua y lo dejó morir de hambre y de sed.

Se estancó ahí la carta delatora y anónima, el arma de cobardes y espiones, la que se insinuaba en el alma abyecta y pervertida de duques y señores, los que sin mayor control, ni otras razones, expedían sus sanciones arbitrarias y funestas.

¡Cuántas sentencias que aguzaron cuchillas de cadsos y guillotinas para dejarlas caer sobre víctimas de credos y errores políticos se depositaron entre sus paredes! También se encerraron órdenes y disposiciones de nefanda época, en que el terror imperaba, y en que se pedía sangre hermana, en que se encendían guerras fratricidas y se borraban existencias, a placer de tiranos y verdugos.

Se guardó asimismo, el verso del más emotivo

de los poetas que confesó altivo, casi en el instante de su muerte, las intimidades de su ser y lanzó su voz de protesta contra la injusticia, del que contento aplastaba con las cuerdas de su lira; contra la prepotencia y la fatuidad de sus jueces.

Fué el confidente en otros siglos del fastuoso emperador, de mirada fascinante que supo doblegar a capricho, hombres y reinos. Fué su más fiel depositario de planes, de concepciones geniales, de sueños de grandeza y de todas sus ambiciones desmedidas. Nunca abandonaba la llave que abría y que cerraba el cofre favorito, y al abrirlo y al cerrarlo, siempre su alma era presa de diversas conmociones.

Joyas y misivas, también dejaron ahí, en horas lejanas, favoritas y reinas de historia y actuación famosas.

Parece que aún se levanta la voz estentórea, que surge el panfleto o el manuscrito que levantó la levadura del odio en los corazones y la de aquel magnate sin entrañas que ejerció con férrea voluntad, su inflexible y su ilimitado poder, sobre débiles, humildes o indefensos.

Parece brotar todavía del cofre antiguo, el llanto de los que no pudieron hacer brillar la verdad como la luz del día, de los que no pudieron evi-

tar fatalmente el escarnio y la condenación, de los que no escucharon más que a las almas mercenarias que se vendían como Judas por unas míseras monedas.

Rodó así el cofre de país en país, de época en época, ya de testas coronadas, a déspotas, ya de frívolas mujeres a doncellas leales, recogió, ya lágrimas y suspiros, ya acentos que el orgullo inflamaba, ya líricas estrofas, ya palabras de frío desencanto. Ora escondía el énfasis arrogante o la más viva dignidad, ora el oprobio y el dolor, ora la desesperación y la amargura.

Al abrir su tapa fluye un átomo de todo eso, emana esencia de cosas y seres muertos, perfume a rancio, perfume del pasado brota de su madera antigua para conmover aún el corazón humano. Por todo este valor histórico, el cofre ya tan viejo y desteñido, guarda lugar preferente en medio de tantas cosas nuevas, artísticas y brillantes.

VOLVER A LA IGNORADA QUIETUD ORIGINAL

El hombre fué a buscar la perla al fondo del mar y al hallarla, levántala deslumbrado; la con-

templa, luego, cual si fuera una ondina que lanzada por las olas, hechiza y cohibe, y codicioso, fija rápidamente su elevado precio.

Después, manos afanosas la limpian, la pulen, la acicalan, le dan forma mejor, y entonces, con todo el realce de su belleza, con su magnífico oriente, su transparencia y reflejos nacarinos, inquieta a expertos, peritos y clasificadores.

Elígenle el estuche más artístico y suavemente la posan sobre su seda carmesí.

En seguida, la imaginación de artífices, orfebres y joyeros, despliega sus alas:... unos la engarzan en un anillo, digno de manos primorosas o únenla a varias cuentas bellísimas y la destacan en un collar magnífico. En el centro de una cruz de oro, rubíes y amatistas, la colocan, otros; en un prendedor la fijan aquellos que quieren despertar la envidia de poseerla, a las que aman con delirio: piedras y joyas. En la tapa de un cofrecillo filigranado, entre esmeraldas, la combinan, los más hábiles.

Nadie sin embargo, alcanza a vaticinarle su alto designio.

Empezó a correr la suerte...

* * *

Una tarde, emisarios de la corte más fastuosa, llegaron hasta ella, absortos en su esplendor quedaron, y sin más, la escogieron para adornar una corona real. Fué así, el regalo de bodas que más satisfizo a la tierna desposada, quien fijó sus ojos en ella, cual si quisiera participarle un poco de su dicha.

¡Qué lejos, allá en el duro caparazón de su vivienda y en la quietud de su existencia marina, de ese trasplante, que un día había de darle un valor y destellos que, a juicio de muchos, algunos magnifican!

¡Qué lejos de concebir que ella, entre todas las galas, luces más radiantes, debía brillar como un sol en la frente de la reina más admirada!

¿Quién hubiera adivinado que, con el tiempo, sería testigo de glorias, festines, triunfos, dolores y tristezas de los grandes?

Presenció, pues, sus vaivenes, sus alternativas y derrotas; mas ella sobrevivió al efímero poder de reyes que perdieron su cetro y su corona y a las reinas que se eclipsaron para siempre.

Sin embargo, a ella también el destino inestable la destronó, desterrándola, la relegó a pasar el resto de sus horas en las paredes de cristal de la vitrina de un museo famoso.

En su quieto exilio, al añorar halagos, a su dueña y a todo lo sufrido, se subleva contra las manos que fueron a conquistarla al seno de los mares y llegaron para perturbar sus horas placenteras.

¿Por qué, presa? ¿Por qué purga culpas ajenas y está en esa inercia e inquietud irritante?

A veces, presa de nostalgias, de su medio, de su ambiente, de su mundo, quisiera alas para salir de su cárcel de cristal, sumergirse en la profundidad de las aguas para encerrarse de nuevo, en el duro caparazón de su primera existencia y envolverse en la quietud ignorada de su cuna original.

EN LA ADVERSIDAD

Hacía mucho tiempo que caminaba. Había salido de Buenos Aires con rumbo desconocido, siguiendo por el camino que bordea la línea del Central Argentino. Iba de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad, implorando el óbolo público. Era un anciano, con mucha nieve en la cabeza, mucho hielo en el alma y unos harapos raídos por vestidura.

Un domingo del mes de mayo, un espléndido sol iluminaba los campos y un aire frío cortaba la tez.

El mendigo, sentado a la vera del camino, jugaba con un palo que le servía de apoyo en su largo peregrinar, mientras miraba pasar por la carretera, los autos que se deslizaban velozmente. A veces sonreía, y en otras, los ojos se le nublaban.

Lloraba, repasando su existencia: la infancia fué feliz, en la juventud vivió dignamente, desplegó grandes actividades, con mucho éxito y se labró un opulento bienestar, más que por herencia, por el propio esfuerzo personal. En ese período de su vida había protegido a muchos jóvenes sobre todo; a quienes encaminó con buenos consejos y ayudas pecuniarias.

Esperaba así: la vejez tranquila, el descenso, por la pendiente suave, el final que por ley corresponde, a los seres y a las cosas.

No contó con lo imprevisto.

Cuando menos lo pensaba, la suerte cambió repentinamente para él.

Lo castigó rudamente, la decadencia brusca, la ruina precipitada sobrevino y como un torrente, como un alud, arrasó todo: optimismo, recuerdo, gratitud, amistad, hasta dejarle la soledad, la noche eterna, el desamparo.

Ni uno solo llegó a consolarlo en aquel instante,

en que perdida toda orientación, se puede llegar a cualquier extremo.

Llamaba en vano a los que debían acompañarlo en trances tan difíciles y en su derrumbe financiero; pero todos parecían haber ensordecido.

Cada uno, desde su puesto, con indiferencia o con desprecio unos, y con mirada compasiva otros, dejábanlo hundirse, ahogarse...

¿Qué importaba si ya nada podía ofrecerles?

De pronto, dejó tan tristes recuerdos. ¿Para qué volver a ellos, para qué? Ya he descansado un rato — se dijo. Se miró con hondo pesar su traje descolorido, movió nerviosamente su cabeza, incorporóse como pudo y prosiguió nuevamente la ruta polvorienta. Apoyado en su bastón, caminaba inclinando la cabeza hacia el suelo. Se detiene a instantes, descansa, sigue, y al anochecer entra a un pueblecillo, tiende la mano al que pasa, con opresión en el pecho, pues ¡cómo sufre con el revés que le ha reservado el destino, como cruel ironía para el ocaso de su existencia!

Duerme donde puede y a la mañana siguiente emprende la partida por la misma calle que entrara, para cumplir otro trecho del camino y pernoctar después en una ciudad del interior.

A las once de la mañana del otro día, más o me-

nos, gozaba de los tibios rayos del sol, sentado en uno de los bancos de una de las plazas. De pronto, tendió la mano a un señor muy bien puesto que venía del Banco, ubicado en una de las cuatro esquinas; éste iba a dejar caer una moneda en la diestra del mendigo, cuando se detuvo con un ¡oh!, de horrible sorpresa.

¡Qué fisonomía más semejante a la de su antiguo patrón, de cuya suerte había sido impuesto al regresar, después de una larga ausencia, de Europa!

No pudo quedarse con una inquietante curiosidad y preguntó, acto continuo, al pordiosero: —¿Quién es usted?

Con despecho, con dolor, irónico, contestó éste:

—¡Uno de tantos que pasan y se olvidan!

—Su nombre, por favor, ¿cómo se llama usted?

—¿Qué puede interesar eso a nadie?

—A otros, no: ¡pero a mí, sí! — sostuvo altivo y con voz fuerte, al mismo tiempo que la emoción confundía su espíritu.

El anciano, al fijar sus ojos en el circunstante y al reconocerlo, se conmovió, quiso negarse, tartamudeó evasivamente; pero, el otro, comprendiéndolo, dijo, ya un poco más sereno: —Yo lo conozco mucho, ¡venga a mis brazos! Usted, mi antiguo favorecedor, el que abrió el camino de mi prosperidad,

el hombre al que tanto debo en el mundo y a quien he buscado con tanto interés, ¿cómo lo encuentro en este estado?

—Gracias; pero déjeme; quiero esconder mi dolor y mi extremada pobreza y sufrir solo en lo que resta de mi vida.

—¡No, eso jamás, mientras tenga yo la mía! Un reproche constante de mi corazón agradecido turbaría toda mi existencia. Mi casa será la suya.

—¿Qué puedo ser yo en tu hogar?

—El ejemplo viviente de un hombre de bien, cruel e inicuaamente castigado por la adversidad. Esto basta para abrirle ampliamente las puertas y para ofrecerlo al cariño y al respeto de mis hijos. Ellos y mi esposa me ayudarán a pagar en algo, los favores y las bondades recibidas de su noble corazón.

—Tu ofrecimiento generoso me hace revivir y volver al mundo con algún interés, pues, efectivamente, el desencanto más grande llenaba mi corazón, mientras que afecto, amor, eran palabras vanas, huecas, que ya nada significaban para mí.

—No sabe ¡cuán gran placer y qué satisfacción experimentaré si consigo la calma para usted! Quedaré a su completa disposición y no repare en pedirme cualquier cosa a mi alcance y poder, y si

mañana, quiere ir a cualquier parte a visitar parientes y amigos, yo mismo lo acompañaré.

— ¡No, no; para todos los demás he muerto; me quedaré contigo, ya que para tí, vivo todavía!

— ¡Sí, con el mayor gusto! — Llamó, acto continuo, a un automóvil y ambos siguieron hasta detenerse frente a uno de los mejores edificios de una de las principales calles de la ciudad.

* * *

¡De cuánta tranquilidad gozaba el antiguo comerciante al verse rodeado del afecto sincero de una familia ejemplar, y amainadas ya las borrascas de su alma, beatíficamente sonreía aún a la vida!...

LA MEJOR OBRA DE MI VIDA

— Tancredo, nuestro condiscípulo, el mejor, el amigo de todos, se va. Ayer nos dijo: — A fin de mes debo abandonar a ustedes y a nuestra escuela. Me apena — afirmó con verdadera pesadumbre — pues amo a todos y tengo aspiraciones de llegar a ser un hombre útil por el estudio, que me agrada apasionadamente.

—¿Por qué dejas todo? — preguntó uno de los presentes.

—¡Oh, por razones bien ajenas a mi voluntad! Nuestra pobreza no permite que yo siga mis estudios sin un gran sacrificio para toda la familia, lo que yo no puedo, ni debo consentir.

El padre de Braulio, que había seguido atentamente las palabras de su hijo, le preguntó de súbito: —¿Es, realmente, un muchacho, digno y aprovechado?

—Pueden confirmarlo nuestros maestros y mis otros compañeros.

Calló el interesado. A los pocos días, sin comunicar nada a nadie y en forma anónima, enviaba el mismo, en una carta al padre del excelente alumno, una suma que debía permitirle proseguir su instrucción y llegar a realizar así sus propósitos en el futuro; comunicábale, además, que haría remisiones semejantes en lo sucesivo.

Gran admiración produjo este rasgo generoso en la humilde familia del favorecido, la que no titubeó en que Tancredo continuara sus estudios.

Pudo así terminar su instrucción primaria, más tarde concluyó su bachillerato, siempre con los mejores conceptos y algunos años más tarde, egresaba de la Facultad de Medicina con su tesis premiada

y con todas las probabilidades de destacarse después, entre los médicos argentinos cuya fama trasciende hasta a otros países lejanos, madre de la ciencia mundial.

El flamante médico se dedicó de lleno a su carrera, con fe, dispuesto a convertirla en un verdadero sacerdocio; continuaba estudiando siempre, con tesón, se interesaba por las modernas conquistas y se mantenía en continuo contacto con los mejores maestros del país y con todas las producciones científicas que llegaban al Plata. Al cabo de algunos años de proficua labor obtuvo, por concurso, una cátedra en la Facultad de Medicina de la Capital, donde sus discípulos escuchaban sus lecciones y su saber con gran atención; el Profesor, procuraba por su parte, dar siempre consejos y directivas que debían servir de norma a los futuros profesionales que habían de consagrarse a una de las carreras más abnegadas.

Con el tiempo, después de estudios profundos, de hábiles prácticas de hospitales y sanatorios, después de haber pronunciado conferencias científicas, altamente calificadas, adquiriría la fama de sabio y el mayor respeto y consideración entre los galenos nacionales y extranjeros. Por tal motivo, fué enviado varias veces a la vieja Europa como represen-

tante de la ciencia argentina, siéndole dado con tal motivo, vincularse y alternar con elementos de la más alta valía universal.

En su modestia, no dejaba, a pesar de sus triunfos, de poner siempre al servicio de su inteligencia sobresaliente, la constancia que admiraba en hombres de otros países y su corazón y su bondad a la disposición del que sufría.

Adquirió también el «ojo clínico» más ponderable, y por eso, sus diagnósticos y sus fallos se tenían por los más certeros. Su nombre llenaba el escenario nacional, por cuyas razones, de los ámbitos más apartados acudían a escuchar su opinión tan autorizada. Su labor era ímproba, y sólo su resistencia excepcional, podía abarcar el amplio programa de acción que se impuso; multiplicábase contribuyendo desinteresadamente en las iniciativas que estaban llamadas a engrandecer nuestra República.

El lema aquel, grabado en su mente infantil, que aprendiera en el banco de su primera escuela: «El que ama a la patria debe estar siempre a su servicio», llegó a ser su norte y su guía; además, su mano bienhechora le daba las mejores y más sublimes inspiraciones.

Un pesar, sin embargo, ensombrecía la gloria de

su fama: el de no haber podido descubrir el nombre de su benefactor, para revelarle su más sincera gratitud; sentía no devolver, siquiera con una atención, aquel delicado concurso que tan eficazmente había contribuido a la realización de sus aspiraciones. En su ciudad natal había hecho varias indagaciones que creyó oportunas; pero sin obtener éxito alguno, sin conseguir descifrar nunca el enigma misterioso.

* * *

Una tarde llegó al reputado sanatorio que dirigía, un enfermo que fué atendido por él; un hombre simpático, de fina cultura y espiritualidad, lo que descubrió después, en los instantes que podía dedicarle. El mal que lo aquejaba era uno de aquellos que la ciencia, desgraciadamente, no ha podido curar, máxime si están ya muy avanzados. Su vida no podía prolongarse mucho. El pronóstico del experto director se cumplió, pero la mañana antes en que se produjera el inevitable desenlace, el moribundo entregó al sabio un sobre escrito, rogándole que no lo abriera sino después de su muerte. Ocurrida ésta, el doctor rasgó el sobre y cuál no fué su sorpresa al leer su contenido: «Tu mano que me acarició bondadosamente en el lecho de dolor,

ha pagado con creces lo que la mía ha hecho por ti. He seguido tus triunfos y he gozado hasta la emoción con los elogios y el prestigio que alcanzaba tu nombre.

«La mejor obra de mi vida ha contribuído a dejar un hombre de provecho a mi patria y esto basta para mí. Con la imaginación, antes de irme para siempre, te beso, y también te abrazo en nombre de tu ex-condiscípulo Braulio, quien ignora todo»...

Las lágrimas del médico agradecido cayeron sobre esa carta, de la que nunca más había de separarse.

En seguida llamó a varios de sus colegas que estaban en una sala contigua, les contó lo que el muerto había hecho con él, tomó luego la cabeza, y al dejar un beso sobre su frente yerta, le dijo conmovido: ¡Gracias! Volvió a cubrir el rostro y se retiró, secando el llanto de sus ojos.

EL ASTURIANITO

El pequeño asturiano que viajaba en tercera tenía prisa porque llegara lo más pronto posible, el paquete que lo conducía.

¡La Argentina! Mágicas palabras, que electriza-

ban el espíritu y ponían resplandores de alegría en sus ojos inocentes. Labios agradecidos de la hospitalidad de esta tierra le habían hecho amarla sin conocerla.

Impaciente Paco, pues le parecía que el mar no dejaba marchar con la precipitación debida al trasatlántico, y él tenía ansias, delirios de desembarcar cuanto antes. Los días, a su parecer, eran de horas interminables y las noches de largos minutos.

Por fin, un día, los anteojos de larga vista y las miradas de los viajeros divisaron los perfiles de la amplia ciudad de Buenos Aires; poco a poco, el «América» cortaba las aguas y se deslizaba magistrosamente sobre el Plata que, en esos instantes, a los rayos solares, parecía recubierto de escamas de acero. Ya están próximos, muy próximos al puerto, donde en una hermosa confusión de confraternidad universal, las banderas de todos los ámbitos del mundo, se agitan y tremolan sobre los mástiles, como saludando incesantemente a esta generosa tierra sudamericana. Llega la nave colosal y confiadamente ata amarras, los pasajeros descienden, la mayor parte, para entregarse a brazos amigos o familiares, que los esperan. Paco está solo con una dirección en la mano, que hace leer a uno de sus compañeros de viaje y muy confundido con el bullicio

y el movimiento inusitado de los alrededores del desembarcadero; pero, ánimo, se dice, llama a un cochero y le indica el domicilio de su tío.

El pequeño no había salido nunca de su villorrio y de sus alrededores, así que no era de extrañarse que a medida que se internaba en la ciudad, ante la magnificencia y altura de algunos edificios, la belleza urbana, el ruido, cada vez más considerable del tráfico, lo intimidara un poco e hiciera medir el atrevimiento de su viaje. Le parecía ser más pequeño y se encontraba alelado ante esa vorágine que pasa, ante ese mundo que camina por las calles de prisa e indiferente. Miraba a instantes su trajecito viejo y ajustado, y otras veces, a su pequeño baúl descolorido y temía que lo encontraran ridículo, pues la muchedumbre, marchaba bien trajeada y bien puesta, mejor, mucho mejor que con la ropa dominguera de los más ricos habitantes de su pueblo. Iba así, el inquieto magín de Paco discutiendo por las calles que atravesaba, cuando de pronto los caballos al tirón de riendas de su conductor, se detuvieron ante una lujosa zapatería del centro.

Entró cohibido al negocio y preguntó por su tío. Salió éste a su encuentro y lo recibió malhumorado, diciéndole: — ¡Buen presente me manda tu pa-

dre! — Avergonzado, enrojeció Paco y bajó la cabeza hacia el piso.

—Anda, ponte otro traje que te dé trazas de gente ¡Vete, antes que se den cuenta de que un sobrino mío llega así como tú — agregó mordiéndose los labios! Cómo sufría el niño con el desprecio y las palabras del hombre a quien venía confiado. ¿Qué podía esperar de los desconocidos, si el pariente lo trataba así?

Todo cohibido pasó con su modesta carga a la casa de familia de Montero, y ahí, oyendo la burla de sus primos, cambió de vestidura para regresar en seguida al salón de ventas donde se le dió ocupación inmediata.

Su cabeza estaba trastornada por las sorpresas recibidas y su corazón lleno de ingratas emociones. Sus ojos, por otra parte, empezaron a maravillarse con el esplendor del negocio, el brillo de los espejos, la elegancia de las vitrinas y con el incesante vaivén de los clientes. Le parecía soñar y estar en un mundo fantástico, ardía en deseos de poder ser útil y desempeñar hábilmente el trabajo que se le encomendara.

Aspiraba a ser algo y adelantar y mejorar la situación de sus progenitores. Esto bullía como una obsesión en su cerebro; se agitaba desde hacía mu-

cho tiempo en su mente, desde que concibió la idea de venir a América y constituía siempre su más vivo desasosiego.

En poco tiempo y en forma admirable, aprendió a fabricar calzado; sorprendía hasta a viejos operarios y oficiales, la destreza con que se desempeñaba y la actividad y diligencia de su trabajo.

Captaba simpatías además, por su bondadosa idiosincracia, por su jovialidad y por su disposición especial para aprender todo lo que se le enseñaba. Amor, interés, gusto y empeño puso en su labor, así que para él, el trabajo era fuente de sano placer. Poco a poco se familiarizó con el manejo de sus obligaciones, la marcha de la casa, su personal y sus clientes.

Después de varios meses de su arribo, y no sin vencer serios temores, se presentó una tarde en el despacho de su tío pidiéndole una remuneración porque anhelaba enviar algún dinero a su madre.

El pariente, como siempre, soberbio y orgulloso y de mal humor, lo miró con ojos hoscos e irritados, y con mofa e ironía le preguntó:

—¿Crees, acaso, que tienes más derechos por lo que haces en mi casa, que al pan que comes y al aprendizaje del oficio?

—Si no fuera por vuestra hermana que necesita

tanto de mí, no os pediría nada. Pero bien sabéis que ella está casi en la miseria y que confía en mí para aliviar sus penas.

—Esas son chiquilinadas tuyas; además, ¡yo no pago nada a los bribones y ociosos como tú!

Esto heló a Paco, pues que le negara el jornal, pasaba, pero que desconociera su laboriosidad era imperdonable, puesto que siempre hacía más de lo que se le determinaba y estaba siempre listo, para ayudar en un trance apurado a cualquier compañero. Fué uno de los choques que más lo indignaron y una de sus más grandes desilusiones, aquella de no poder auxiliar a sus ausentes queridos. ¿Qué podía hacer contra la desconsideración de ese hombre, que no admitía réplica? Se retiró apesadumbrado a esperar mejores oportunidades y a reflexionar en lo que le convenía hacer más adelante...

* * *

Una noche que Paco volvía de realizar un mandado, fué sorprendido al llegar a la zapatería por dos sujetos mal entrazados que hablaban en voz baja, mientras que disimuladamente, hacían como que miraban unos de los zapatos exhibidos en una de las artísticas vidrieras. De tiempo en tiempo, le-

vantaban la cabeza y atisbaban lo que ocurría dentro del negocio. Paco pudo oír con trabajo algunas palabras de las que se concretaba que a la noche siguiente, perpetrarían un robo en la conocida casa de negocio.

Al rato uno de ellos, se internó en la zapatería y solicitó ocupación, lo que consiguió fácilmente, pues uno de los vendedores acababa de ser despedido esa misma tarde.

Al otro día, el muchacho no perdió de vista al flamante empleado y llegó a sorprenderlo dos veces fuera de su puesto, observando con atención algunas puertas e introduciéndose en los depósitos, lo que dió mayores probabilidades de que su acecho y espionaje, se relacionaban con el plan preconcebido la noche anterior, y casual e inesperadamente, descubierto por él.

El niño no comunicó su descubrimiento más que al agente de facción, en la esquina más próxima, al que puso sobre aviso.

Paco y el sereno debían cerrar las puertas que daban a la calle y las interiores; se pusieron de común acuerdo con un empleado de policía mandado exprofeso y vigilaron...

A un momento dado, los ladrones abrieron con habilidad una de las puertas laterales del salón de

venta, y bien pronto se creyeron dueños de la situación; mas no tardaron mucho en ver defraudadas sus esperanzas, pues hecha de súbito la luz, vieron el revólver amenazador abocado hacia ellos y momentáneamente, una detonación, les hizo comprender que estaban perdidos.

Algunos empleados que dormían en el interior y el dueño de casa, al oír el estampido, acudieron precipitadamente al lugar del suceso.

Gozaba Paco en esos instantes con lo que él consideraba una gran hazaña, cuando de pronto, fué increpado rudamente por su tío: — Tú eres el único responsable, puesto que aún no has aprendido a echar como debes los cerrojos a las puertas. Me avergüenza pensar que eres mi sobrino. ¡Quedas despedido! ¡Vete, vete!...

Al oírle, el niño quedó inmovilizado, mudo, su rostro empalideció y después le temblaron las piernas.

Los demás se indignaron profundamente, y el sereno, que conocía la participación en el hecho, del acusado tan injustamente, levantó su voz de protesta: «Señor, usted se equivoca, pues sin el oportuno aviso de este muchacho, quizás no se hubiese podido evitar el robo — y luego compadeci-

do imploró: — ¡Déjelo por lo menos hasta mañana! ¿Donde irá esta noche?

— Nada de contemplaciones; yo no permito que se mezcle nadie en mis asuntos — sostuvo. — ¡Vamos, apresúrate! — agregaba, mientras a empujones echaba a la calle a su sobrino. ¡Cierre usted inmediatamente la puerta! — ordenó furioso y con ademán enérgico al empleado más cercano. Luego, todos, descontentos y ofendidos por el proceder indigno, se retiraron refunfuñando.

El Asturianito se acurrucó a llorar con dolor ante la misma vidriera en la que sorprendiera el diálogo de los cacos. En ese instante, con sollozos de alma ofendida, ¡cómo echaba de menos más que nunca la caricia de su madre amorosa y la palabra paterna, aquella que tanto hizo por retenerlo a su lado! Más que nunca extrañaba el calor de la humilde casita natal. Le parecía encontrarse entonces, solo, en medio de un gran vacío, en un vasto desierto y mil veces más lejos de sus afectos, de su tierra, de todo lo más querido.

Medía el sacrificio impuesto a sus escasos años, mientras que la injusticia sufrida puso una alarma en su pecho y una ruda advertencia a su espíritu inocente y confiado.

No tenía dinero; ¿qué podría determinarse a ha-

cer a una hora ya avanzada de la noche, a qué puerta podía llamar? Caminó dos cuadras y luego llorando siempre, sin conseguir consolarse, se sentó en el umbral de una puerta, hasta que vencido por el sueño, se durmió.

A la mañana siguiente los tibios rayos del sol como besos maternos lo despertaron dulcemente. Recordó luego el triste incidente de la noche anterior, volvió a compungirse su pecho, pero después, incorporándose empezó a caminar sin rumbo fijo. Su objeto principal mientras pasaban las horas era pensar en mil cosas que podía hacer para ganarse la vida, ya que no deseaba estar ocioso; pues al contrario, ardía en deseos de trabajar honestamente.

Acudió a muchas partes donde creía poder encontrar oportunidades de emplearse; pero no consiguió su objeto. Al caer la tarde fué puesto en presencia del propietario de una de las tiendas más importantes de la capital.

Conversó el anciano con Paco interesándose por su suerte, pues con toda franqueza, el muchacho le narró todo lo que le había acontecido desde que sa-

lió de su patria y se radicara en Buenos Aires y le comunicó las aspiraciones de que se sentía animado.

—¿Sabes leer y escribir? — le preguntó entre otras muchas cosas.

—No señor — repuso Paco temblando de que su ignorancia, lo privara del placer de conseguir una ocupación que tanta falta le hacía. El mismo había comprobado ya, la enorme desgracia de ser un analfabeto. ¡Cómo envidiaba a los que podían descifrar las letras, sílabas y palabras! ¡Cuánta inteligencia suponía en aquellos para quienes los negros caracteres hablaban, mientras que para él, eran signos inertes, mudos, letras muertas! Jamás le respondían nada por más que las mirara o les interrogara.

—¿Nunca has ido a la escuela? — preguntóle de pronto.

—Jamás; pero ya me daría por dichoso si alguna vez pudiera concurrir a una de ellas. No pierdo las esperanzas de aprender a leer.

—Bueno, muchacho, vendrás mañana a mi oficina, ya trataré de ocuparte, te pondré a prueba y si tú cumples con tus obligaciones no quedarás descontento de mí. Espero que estudies también, puesto que te será indispensable para tu porvenir. En esta casa, por lo pronto, lo necesitarás para el

desempeño del más humilde de los cargos; así que no sólo recibirás el sueldo que convengamos, sino que haré todo lo que esté a mi alcance para que cuanto antes ingreses a una escuela nocturna de este barrio.

—¡Cuánto agradezco a usted los servicios que va a prestarme y sobre todo, este último! ¡Cuánta alegría para mí, aquel momento en que por mi propia mano, pueda mandar decir a mis padres que la ternura que ellos supieron inspirarme se acrecienta con la distancia!

* * *

Durante varios años el Asturianito concurrió a la escuela nocturna sin faltar a una sola clase; se distinguía por su contracción al estudio, por su clara inteligencia y por la facilidad de acumular conocimientos. Pudo así conseguir en brevedad de tiempo, leyendo libros excelentes además, en los instantes que quedaban libres a su tarea cotidiana, una ilustración recomendable.

Sumamente agradecido al rico comerciante que supo encaminarlo por la mejor ruta, se concretó a prestarle toda su cooperación, siempre adicto y fiel. Por sus propios méritos fué gradualmente ascendido hasta ocupar sucesivamente los más elevados

cargos del personal y llegar a ser el hombre de confianza de su protector.

A medida que las circunstancias se lo permitían, Paco mejoraba la situación de sus progenitores, los que consiguieron un bien ganado descanso que muchos de sus coterráneos envidiaban. Sin embargo, ellos siempre pensaban en el hijo ausente y más de una vez en las tertulias vecinales, solían empañarse sus pupilas, al añorar a Paco. ¡Cuántas noches la viejita no atinaba a conciliar el sueño imaginando que al hijo podían pasarle muchos percan-ces en los que sólo ella podía consolarlo, como así también, al horrorizarse, de que una desgracia cualquiera, no les permitiera una ayuda inmediata porque estaba el vasto y dilatado Océano que los separaba!

Una mañana las manos temblorosas del anciano abren una carta timbrada en Buenos Aires y con el corazón palpitante lee después, entre otras palabras, las siguientes. «Os remito ese giro para que vengáis a ésta vuestra casa. Nada faltará a vuestros gustos. Padre: tendréis para vuestro solaz, una huerta semejante a la que con tanto esmero habéis cuidado siempre. Madre: para que extrañéis lo menos posible, el edificio que acabo de hacer construir, tiene las mismas disposiciones que las del terruño.

Os espera con impaciencia vuestro hijo que os ama de corazón.»

Paco.

Abrazados lloraban de gozo los dos ancianos, los que aún emocionados, corrieron a participar a unos vecinos la nueva que acababa de traerles el correo.

* * *

Arreglaron todo su equipaje, arrendaron la casa, y una mañana del mes de Marzo, salieron hacia el puerto de donde debían partir para la capital argentina. Doloroso les fué arrancar de la aldea de sus amores, lo mismo que el abandonar a viejos amigos que se quedaban envidiando el viaje, y sobre todo a Paco, a quien ellos magnificaban, imaginándolo ya un potentado. Todavía sufrieron y se emocionaron hasta las lágrimas cuando el vapor se desprendió de la madre patria. — España amada: en nuestros corazones te llevaremos y desde lejos yo elevaré una plegaria matutina por tu grandeza, ¡oh tierra de mis quereres! — prometió con firme juramento la buena española para cumplirlo después, sagrada y devotamente.

La proa del buque hendía las aguas del Atlántico

en dirección al río de La Plata, hacia una esperanza y una ilusión; así pues, era necesario no entristecerse tanto y los dos empujaron sus recuerdos pesarosos, callaron y «a esperar en Dios» confiados, se dijeron.

Algunas veces, en sus diálogos dejaban traslucir el temor de que el mar les arrebatara la existencia antes de abrazar al hijo que venían a buscar a América y esto les llenaba de angustia el alma.

Otros instantes contaban los días con impaciencia, la inmensidad acuática los tenía nerviosos y el fondo y el misterio del abismo los aterrorizaba. Así pasaban muchos de sus momentos de esa travesía tan prolongada; pero poco a poco también se iban cumpliendo las millas y acercándose al final del viaje.

* * *

La mañana del cinco de abril... llegaron al puerto anhelado... Bajaban mirando con ansias todo el re-dedor, cuando de pronto, oyeron una voz:

— ¡Por aquí, padre! — gritaba en el tumulto el joven, que corría hacia ellos.

— ¡Madre mía, padre! ¡por fin, así, los tres juntos para siempre! — repetía Paco, mientras que todos mezclaban besos y lágrimas y los corazones parecían reventar de amor y de felicidad.

A LA LUZ DE UNA CANDELA

A causa de una ceguera incurable el marido había tenido que abandonar su oficio de chalequero.

El propietario de la humilde casa que ocupaba la familia se había presentado a cobrar varias veces sin que le pagaran el alquiler; estaba asombrado, pues sus inquilinos de largos años, no incurrían nunca en semejante atraso.

La madre desesperaba y la vergüenza enrojecía su rostro con llamaradas de fuego.

¿Qué podía esperar? ¿Quién lograría salvarlos de lo que sobrevenía irremediablemente?

Si bien es cierto que ella tejía todos los instantes que quedaban libres a sus ocupaciones, pero daban poco, muy poco por ese trabajo y no alcanzaba para nada.

Era presa de frecuentes desasosiegos, de desesperación, al suponer que podía naufragar su fama de vecinos honestos y cumplidores.

El hijo único era el confidente de las angustias maternas, y al verla llorar, solía levantarse a enjugarle las lágrimas, le hacía mimos cariñosos y le repetía: ¡no desesperes, Dios proveerá!

El pequeño Lucas se había propuesto agotar to-

dos sus esfuerzos y recursos para salir de la embarazosa situación que llenaba de incertidumbre a todos. Partía de mañana, iba al puerto, a la estación, a buscar quehacer, vendía diarios en las calles, y por la noche, también trabajaba. Había conseguido, no sin esfuerzos, que su madre le otorgara permiso para dormir en un cuarto viejísimo que estaba en el único patio de la casa, pero distante de las otras dependencias.

Cuando calculaba que los demás dormían, se levantaba y a la luz de una vela, se ponía a coser los chalecos, que le entregaba, ya cortados, el mismo sastre para quien su padre realizaba en otro tiempo el mismo trabajo.

A instantes, el sueño lo vencía, la luz amarillenta de la vela, que chisporroteaba, dejando en la penumbra el resto de la habitación, contribuía a que Morfeo adormeciera sus párpados; pero al recuerdo de la obligación que él mismo se había impuesto, restregaba sus ojos, silbando despacio, caminaba breves instantes y volvía a continuar su paciente labor.

¿Por qué debe oprimirse de dolor el corazón de mi madre?, se repetía e irguiéndose en el pedestal de su propia dignidad, no le importaba el sacrificio de sus horas. Al día siguiente, al levanta-

tarse muy temprano, entregaba las prendas bien confeccionadas y recibía la retribución correspondiente.

Cuando poseía la modesta suma para saldar los gastos indispensables con que vivían, la depositaba en las manos de su madre. Esta al recibirla, no dejaba de estremecerse, a la posibilidad de descubrir una falta o un vicio pernicioso en su hijo. ¡El robo! Sería espantoso. ¡No, el hambre y la muerte, antes! Ella no podría consentirlo nunca, ni encubrirlo tampoco.

No conseguía de los labios de Lucas la confesión de la procedencia del dinero, pues a sus repetidos requerimientos, le decía sonriendo: no tardarás en saber cómo consigo dignamente los pesos que te entrego. Ten fe en mí, porque los principios de papá y los tuyos son los míos y yo no puedo manchar un nombre como el que me han dado.

Con todo, la buena mujer seguía con sus dudas, zozobras y sus alarmas que la obligaban a pasar las noches en vela. Transcurrieron así tres meses de inquietudes. Una noche de borrasca bajó a cerrar el postigo de su habitación y cuál no fué su sorpresa al divisar luz en la pieza de su hijo; supuso inmediatamente que habían entrado ladrones y exponiéndose a lo que sobreviniera, levantó los pasa-

dores, abrió la puerta y se lanzó corriendo a salvar a Lucas o a morir por él, si era posible.

Temblando de miedo y de ansiedad llegó a la puerta y se quedó estática al ver a su hijo sentado ante la máquina y que pensando en el bienestar de sus progenitores, realizaba pacientemente su labor nocturna. Loca de alegría, de inmediato corrió hacia él: — ¡Hijo mío! ¿qué haces? — y lo estrechaba contra su corazón, cubriéndole de besos el rostro helado. — Ahora lo comprendo todo; tu abnegación pagaba nuestra tranquilidad. Lloro ahora de contento y esto me hace mucho bien; yo llegué a suponer que te hubieses descarriado, que obedeciendo, quizás a malas compañías, a malos impulsos, tú hubieses emprendido el peor camino. ¡Perdóname porque no tuve la fe en tí que me pediste! No debo callar mi error y las terribles desconfianzas que me inspiraba tu silencio, tu falta de explicaciones. ¡Perdóname, Lucas mío, ya que he sido tan injusta!...

—Sabía que por nada de este mundo me hubieses permitido robar horas a mi sueño y por eso preferí ocultarte mi trabajo en este oscuro taller.

—Ahora me explico la palidez de tu semblante y el cansancio que a pesar de tus esfuerzos no podías dominar. Déjame abrazarte nuevamente, y ven a tu

catre; ven y duérmete con la más tierna bendición de tu madre.

POR UN CANTARO ROTO.

En una escondida aldea de un país de la vieja Europa, una mañana, radiante y alegre, caminaba una chiquilla en dirección a la plaza del pueblo con un cántaro en la cabeza y haciendo sonar sus gruesos zuecos. Iba a buscar agua para los amos, y mientras caminaba como con la primavera dentro del pecho, la zagala sonreía a los que encontraba a su paso.

Una de las callejas por donde retumbaban sus pasos la conducía a la plaza que buscaba, y allá se marcha, llega y se inclina hacia la fuente; mas con tan mal tino, que el cántaro choca y cae hecho añicos al suelo.

El choque le produjo un susto espantoso, y luego, la reprimenda que al volver, le esperaba, la hizo empalidecer.

Le saltaron las lágrimas, retornaba después confundida, ideando una razón que pudiera librarla de una condena muy cruel.

Al llegar oye una voz:

—¿Y el agua y el cántaro? — preguntó la vieja señora, su ama, con áspera voz. — Desaliñada; de intento, seguro lo has roto; ¡de palos y palos, debiera yo darte! — iracunda agregó.

—¡Que no se diga! — acercóse, entre tanto, el señor, con acento furioso. — Eres siempre la misma; por tragarte al que pasa, has estrellado contra un muro nuestro cántaro, esa prenda casera que siempre nos acompañó y que valía, sin duda, mil veces más que tú.

Y la hija mayor, cual si una horrenda desgracia hubiese acaecido, se adelantó sofocada, y luego, en denuestos e imprecaciones, también confundió a la chiquilla. —Que no has de comer: ni hoy, ni mañana tampoco, y así has de pagar el daño que acabas de hacernos. ¡Condenada, que el demonio te lleve y en ascuas ardan tus carnes!

La culpable seguía llorando; en eso se oye una voz que con garbo grita:

—¿Por qué contempláis tanto a esa raposa? Dejádmela a mí. — y descargó el hijo mayor una tunada sobre la infeliz criatura, la que no pudiendo resistir en silencio, imploraba:

—¡Por piedad, perdón, un descuido, tan sólo me ha hecho culpable; perdón os pido! — y cayó, luego, rendida, temblando de cabeza a los pies.

Cuando dejaron sola a la criada, una niña, la nieta, salió de un rincón de la sala, de donde había presenciado la escena, para estremecerse a cada azote que arrancaba hasta pedazos de piel, al cuerpo de Consuelo. Acércase a ésta y le dice: —No llores, yo te ayudaré, mañana veras — y se escurrió por temor a que alguien la atrapara.

Al día siguiente no faltó a la promesa y bajó después de almorzar al sótano oscuro, donde Consuelo cumplía otro castigo bien riguroso.

—Toma, son frutas que acaban de darme; cóme-las con este pedazo de pan. Ven, no llores, tontue-la — le rogaba para consolarla.

—¡No puedo, me han ofendido tanto y son tan injustos para conmigo! Tú lo sabes, Marianela, yo no soy mala, a todos os amo. ¿Por qué seré tan desgraciada? Sin tí, serían capaces de dejarme morir de hambre y de frío. No me permitirán comer ni dentro de una semana y la señorita, mira ¡qué cardenales ha dejado en mi brazo derecho! Llega y me dice, apretando los dientes con rabia: «¡Que el diablo te lleve!», mientras tuerce y retuerce mis carnes hasta hacerme gritar. ¿Cómo no quieres que el llanto me ahogue?

—¡Silencio, que oigo pasos!...

En seguida, Marianela subió sigilosamente y un

rato después, cerraba con cuidado la puerta de la prisión de Consuelo.

* * *

Festejábase el cumpleaños de la nieta. Habíase adornado con flores la mesa; variados y apetitosos platos a usanza del pueblo, iban a gustarse, y un postrecillo, obsequiado a la que festejaba su décimo tercer aniversario, se iba a compartir al final de la comida.

A las doce en punto, la familia se sentó a la mesa. Todos festejaban con frases amables a la gentil obsequiada; ésta sonreía, pero con esfuerzo; una tristeza invencible la tenía, casi pudiera decirse, ausente, ajena, lejos de los sencillos obsequios.

Consuelo y su justo dolor no se apartaban de su memoria un sólo instante.

—¿Qué te ocurre? — le pregunta de pronto el abuelo. — ¿Estás enferma?

—No, abuelito; no me aqueja mal alguno; pero, no sé...

—Dinos qué quieres. En tu día no podremos negarte nada. ¿No es verdad? — preguntó a los presentes.

—Es muy natural — respondieron todos.

—Bueno, si es así, yo os pediría... No me atrevo...

—Dí. ¿Algún juguete?, ¿algún paseo deseas realizar?, ¿algún vestidito, humilde y barato? quizás podremos comprarte — le decían.

La niña callaba, pues nada parecía satisfacerla.

—¡Habla! ¿Algo más podemos ofrecerte?

—Sí; pero no sé si os parecerá bien. Temo que me riñáis.

—Dílo de una vez, ¿por qué tanto rodeo?

—Hoy todos estáis contentos, pero yo pienso en la pobre Consuelo,... en la oscuridad, sin comer... Disculpadme, abuelito, pero os quiero implorar el perdón de nuestra criadilla; ha sufrido mucho, yo creo. En este día, permitidme que el corazón de todos, hasta el de ella, rebose de dicha.

La inesperada petición puso nerviosos a unos, y los más duros no hubiesen cedido de buen grado; pero el abuelo, que había prometido no negar nada a la nieta en su aniversario, abrazó a ésta y le ordenó:

—Vete a llamarla y dile por qué causa tan singular, le otorgamos el más amplio perdón.

Mientras aún se oía el murmullo de algunas protestas, la niña, contenta, feliz, bajaba corriendo la escalera e iba abrazar a Consuelo.

—¡Eres libre; apresúrate a subir, ven conmigo, más ligero, antes de que puedan arrepentirse!

—Espera, permítame que te agradezca lo que acabas de hacer en favor mío.

—Nada, deja que seque tus lágrimas, ¡y a gozar, Consuelo, y a perdonar lo pasado!...

MARINCHA.

Marincha vendía flores y golosinas por las calles céntricas de Buenos Aires.

Ofrecía las provisiones de su cesta con gracia singular, mientras su rostro moreno se iluminaba con el destello de sus ojos negros y su sonrisa, que dejaba entrever sus dientes blancos y pequeños, como los de un choclo tierno.

Era popular por su donaire, su belleza y por la bondad que trasuntaba todo su ser.

A pesar de que la vida no era muy pródiga con ella, la joven esperaba muchas satisfacciones; pues su alma estaba llena de optimismo y pletórica se sentía de vitalidad y entusiasmo, sobre todo, al dedicarse a su trabajo en las calles de la gran urbe.

Nada podía quebrantar en Marincha la firme convicción de que siempre debía ser buena y proceder

con altura; nada, ni nadie alcanzaba a torcer su línea de conducta. Nadie, ni su padre, inflexible, que noche a noche la esperaba a la puerta de su tugurio para abofetearla si no venía con el dinero deseado, ni su madrastra cruel, que descargaba siempre sobre ella la fobia de su perversidad felina y la inconsciencia de su embriaguez consuetudinaria.

* * *

Pasan los años... El hogar se llena con las incesantes iras y los desmanes paternos y con la gritería infernal de la beoda. Marincha, por consiguiente, no encuentra ahí más que durezas y rigores. En ciertos instantes su alma se turba y desconcierta, y en medio del vacío y de la carencia de afectos que la rodean, las lágrimas brotan de sus ojos y se deslizan por sus mejillas. Desconfía de su porvenir; pues ya se ha infiltrado un poco de desconfianza en su espíritu; ya espera menos de la vida; nunca profiere una queja, no confía a nadie sus pesares, ni jamás se subleva contra el autor de sus días, cuyos brazos hercúleos y brutales caen a menudo sobre su espalda o su cabeza. Sufre silenciosa y resignadamente. Marincha perdona, como ella supone que lo hizo aquella mujer que nunca conoció; pero cuya imagen creada por su amor

filial, está impresa en su mente y la custodia y guía por el buen sendero...

* * *

Un joven honesto y trabajador ofreció su cariño a la joven antes de cumplir sus veinte años, y ésta lo aceptó complacida, mientras que su alma huérfana de toda ternura familiar, expandióse para recibirlo ampliamente. A poco, venciendo la resistencia paterna, Marincha pudo unir su destino al del hombre que debía hacerla feliz. Completóse esta dicha, al año siguiente, con la llegada de un hermoso niño, el que debía endulzar, sobre todo, la mirada fría y dura del abuelo. Como un filtro hechicero se vertió en el alma seca de éste a los balbuceos del nieto, y pudo sonreír sin esfuerzo, amable y afectuosamente.

Un desconocido sentimiento conmovió sus entrañas, mientras se apoderaba de él, el ansia de borrar todo su pasado, una ola de arrepentimiento pasó por su ser, cubriendo de sudor su rugosa frente y lo hizo estremecer de miedo que el recién venido al mundo, pudiese conocer un día sus crueldades para con su madre y lo maldijera.

Día tras día, el anciano llegaba a la casa del ma-

trimonio y horas enteras mecía la cuna, contemplando al inocente que se ofrecía a la vida.

Marincha, más que nadie, gozaba con la conquista del inocente. Poco a poco el abuelo se transfiguraba por la metamorfosis que se producía en su corazón encallecido. Palmo a palmo iba el nuevo amor ganando el alma del anciano, vencéndolo, rindiéndolo a la piedad, haciéndolo avergonzar más y más de su pasado.

Una mañana llegó, como de costumbre, a la casa y pidió a su hija que le concediera unos instantes.

Benévola y amable como siempre, Marincha asintió gustosa y sorprendida al mismo tiempo.

Empezó a decir con palabras temblorosas y acento entrecortado:

—Vengo a pedirte una gracia que no merezco: ¡déjame vivir junto a mi nieto, a quien amo tanto y al que no quisiera abandonar, nunca, jamás!

—¡De mil amores, padre!; pues más de una vez le he dicho a mi esposo cuánto me aflige no verte constantemente a nuestro lado. Tú ya estás viejo y necesitas, más que nunca, de mis cuidados.

—¿De manera que tú no me desprecias, tú a quien traté siempre con mi alma perversa y envenenada? Sólo tú, hija, has podido aguantarme y ca-

llar mis injusticias. ¡Perdóname con tu gran misericordia, te lo clamo, por piedad! — imploró, secándose algunas de las pocas lágrimas que habían derramado sus ojos.

— ¡Con toda el alma, y vivamos hoy tan sólo del presente!

— Te contaré todo mi tormento, para que te apiedades más de mí. ¡Si supieras cuánto he sufrido desde que te fuiste de mi lado! Se me desplomó el mundo. Como un sonámbulo vagaba noche y día por la pieza, y de puro malvado, por no torcer mi amor propio, necio y tonto, por no humillarme, por no ceder en mi orgullo y en mi soberbia, no te pintaba el estado de mi alma. Llegaba con el firme propósito de revelártelo todo; pero cobardemente, sin decirte una palabra tierna, me iba; mas, bien caro lo pagaba al regresar; sentado, en un rincón, me largaba a llorar como un niño. ¡Yo, asómbtrate, yo que he hecho derramar tantas lágrimas inocentes!

— Calma, tranquilízate. Todo eso se acabó.

— Cuando nació el niño, tuve miedo; ¡si supieras qué horrible, qué espantoso miedo que me arrojaras, como yo lo merecía! Pero, ahora que te he confesado mi tortura, ahora que lo sabes todo, no podrás negarme lo que te pido: ¡déjame, Marincha, aquí; no me ocultes tu hijo, no le digas lo que he

sido! No me des lumbre ni pan; pero no me prives de su cariño. Yo ya soy otro hombre, mírame: rendido y humilde. Todo lo soy y todo lo haré por él, Marincha; habla, dime otra vez que permites que permanezca entre ustedes.

La hija, pálida y enternecida, abrió los brazos para recibir al anciano arrepentido, y mientras le humedecía el semblante con su propio llanto, le hablaba:

—Por el hijo de mi alma se abren al fin las fuentes del amor paterno; bienvenido y en buena hora sea, padre. Mi casa y mi hijo te pertenecen. ¡Ven cuanto antes y para siempre!

—¡Qué angustia, qué peso has quitado a mi pecho! Yo creí que debía purgar mi delito con tu repudio y el de tu esposo; pero no, tu ejemplo, Marincha, enaltece, conmueve y hace agachar la frente a los culpables. Harán ustedes de cuenta que no pueden negar amor a este náufrago que por fin se ha sobrepuesto a sus terquedades y caprichos, y que con enmiendas y abnegaciones, quiere conquistar el corazón de su nieto.

¡Feliz de mí porque me acogeré en lo sucesivo al calor de esta casa y a la ternura y benevolencia de los que la habitan!...

* * *

A los pocos días, la beoda, ya irascible y peligrosa, fué internada en un hospicio, donde murió a los pocos meses.

POR EL FUEGO DEL QUINQUE

Una oruga tejía cierta tarde su blanco capullo, su canastillo de seda, donde iba a envolverse muellemente. Una metamórfosis, a poco, se operó en su ser y le crecieron alas; alas sutiles, y entonces, nerviosa, ya soñaba con viajes etéreos, con aventuras del jardín, con delirios y borracheras de luz, con embriagueces de sol y con la más amplia libertad...

Después, convertida en la más esplendente mariposa, en la más deslumbrante viajera de los aires, partía, alejándose, queriendo olvidarse de todo y gozaba, al saberse admirada y cortejada. Envidiaban su blancura, su grácil cuerpecillo, sus atavíos y sus adornos. Revoloteaba aquí y acullá; todas las flores le pertenecían y se balanceaba sobre las más fragantes y vistosas...

Proseguía en su rauda, en su inquieto andar, vagaba siempre de un lado a otro, sin fijeza, sin rumbo; pero corría la suerte. Veleidosa, continuaba en

su ágil vuelo; en su insaciable sed de novedades; en su incurable versatilidad, no fijaba unos minutos de reposo, ni elegía asilo, ni sentaba su loca cabecita.

Voluble y coqueta; engañar a unos y olvidarse de todos, tal era su ley, tal su designio; deslumbrar y huir, tal su placer.

Una noche se aproximó a la luz de un quinqué, un círculo y otros y otros muchos, muchos, como un vértigo en torno de ella se sucedían; retozona y alegre se mofaba de la llama que se levantaba con ansias de arrebatarla; pero en una de sus volteretas, imprudente, entró por el tubo roto, acercóse demasiado al fuego, quemó sus alas y cayó para sepultarse para siempre, en el más completo olvido.

PERICO, EL MONTARAZ

Perico andaba siempre con la ropa desgarrada o hecha girones, por más que su madre se afanara por remendarla. Se levantaba generalmente temprano, tomaba su frugal desayuno, y sin decir una palabra, partía a recorrer la isla. Marchaba a paso lento, sin preocuparse de nada, con fuego en la mirada

o corría, inquieto, bajo la fronda, trepaba a los árboles, espiaba los nidos encaramados en sus horquetas, contaba sus huevos o sus pichones, pero sin dañarlos ni hacerles mal alguno. Comía la dulce miel de los panales; iba y venía jugando, solo, a su manera; cazaba a veces pajaritos, se internaba en la arboleda y pasaba así horas enteras de holganza, horas perdidas.

Algunas veces, sobre todo en la hora de la resolana, se tendía en el suelo y se entregaba al sueño o pensaba, aunque no podría decirse en qué, puesto que nada parecía interesarle, nada de lo que no fuera su preferido pasatiempo isleño. Dejaba correr los días con la mayor indiferencia y sin ponerles reparo, como así también, a todo lo que ocurría en su derredor.

Gozaba de toda libertad y nadie se oponía a sus gustos y a sus caprichos; dejábanlo a su albedrío, a su arbitrio; hacía puramente lo que se le antojaba; díscolo, rebelábase contra la más mínima observación; no obedecía ni escuchaba consejo alguno.

Era Perico, el salvajillo de la isla, un Robinson, un Emilio a su manera. Cuando le parecía, regresaba al rancho de sus padres, generalmente, al caer la tarde. Ahí hablaba poco o nada y no tenía trato

con nadie... Los amigos de Don Cándido, preguntaban a menudo por él, asombrados de no encontrarlo casi nunca.

¿Perico amaba a sus padres? ¿Había en su corazón un cariño, una ternura oculta en lo más recóndito de su ser? Era difícil descubrirlo. Por su parte, los veía trabajar rudamente, pero jamás se molestaba a ofrecerles su cooperación, ni su concurso, ni les preguntaba jamás por sus asuntos.

* * *

El rancho de don Cándido era un refugio poético, siempre blanco, rodeado por el verdor de las guedejas de los sauzales, las que caían hasta besar las aguas del tranquilo Paraná, como un bruído espejo en ciertos instantes, o agitadas en otros, por las ondas cuyos rumores se oían a la distancia como la charla o la ira de mil seres que se agitaran en su seno. En la opuesta orilla se destacaba la histórica ciudad de San Nicolás, empinada sobre verdes y pintorescas barrancas.

En la modesta vivienda nunca había pasado nada extraordinario, ni había sido conmovida nunca por accidente o revés alguno desde hacía algunos años.

Los meses, las semanas y los días, se sucedían

sin que mediasen entre unos y otros, mayores alternativas.

* * *

Una siesta fué, sin embargo, singularmente agitada por una inesperada desgracia; el dueño de casa había llegado de realizar su diario recorrido por las aguas del Paraná, el sol canicular del estío, rindió su habitual fortaleza; el isleño más sufrido para todas las variaciones del clima y sus rigores, fué vencido, el árbol fuerte doblegado para siempre.

Murió en efecto y su compañera sufrió un desgarramiento cruel y la más violenta sacudida.

Perico fué hallado por unos amigos de su padre, después de recorrer casi toda la isla. La inesperada noticia le produjo la misma impresión de que si un terremoto lo hubiese atolondrado; pues era lo más sensacional que había llegado hasta entonces a sus oídos, la primera sorpresa dolorosa que atribuló todo su espíritu. Volvió a su casa sin decir una sola palabra; pero con el rostro pálido y demudado.

Se acercó a su padre muerto y salió inmediatamente para enjugar una lágrima, pues huraño, no quería que nadie lo viera llorar, y al oír quejarse a su madre porque quedaría sola y sin ayuda alguna,

se conmovió. Diríase que el inesperado y triste suceso lo despertaba a la realidad, había tocado su alma insensible y fría, comprendió el alejamiento en que había vivido y deseaba consolar y ofrecer su apoyo a la que le había dado el ser; pero era incapaz de decir una palabra cariñosa o hilar dos frases que hubiesen respondido a su intención.

Su madre lo llamó para estrecharlo, pero avergonzado ante la gente que lo acompañaba, no se acercó, no le repitió al oído, ni una sola palabra que le asegurase que él sufría. Ella quería saber también, en esos instantes de prueba, si ese raro corazón sentía afecto por el padre que acababa de perder, porque no lo había podido descifrar nunca, dada su indiferencia y su desinterés por todo.

* * *

A la siesta siguiente, bajo el cielo gris cruzaba el río una canoa ocupada por los leñadores, pescadores e isleños más conocidos, que en el mayor silencio y con la cabeza descubierta, conducían los restos de don Cándido hasta la ciudad vecina. Desde el puerto siguió la procesión, siempre recogida y silenciosa, en pausada marcha, hasta el cementerio, donde dejó al amigo, para siempre. Regresaban después tristes y meditabundos con el va-

cío dejado por el hombre más bueno y más noble en la rusticidad de sus principios, como el más servicial y el más generoso de cuantos se podían mencionar. El hijo no había tenido valor para dejarlo allá... en la última morada, y se había quedado en el rancho, acompañando a su madre, pero a distancia de todos...

* * *

Ya no se iba Perico, ya no se alejaba a vagabundear por el monte; rondaba siempre cerca, muy cerca de la casa, preocupado por una idea fija y tenaz.

Una mañana, su madre reparaba una red y limpiaba el medio mundo, otras redes más, varias líneas, mezclando silenciosamente sus lágrimas en su trabajo. Perico la observaba conmovido, y de repente, venciendo esa apatía y esa falta de resolución para todo, se aproximó a ella, retorciéndose, pellizcando sus manos, hasta sangrarlas, nervioso, venciendo su indomable salvajismo, de miedo, confundido, temiendo no ser oportuno o creyendo que podría rechazársele por inútil y le dijo:

«—Mama, yo te quiero ayudar. No vendás esos aperos ni la barca. Como tata, yo iré a buscar el surubí, la boga, el pejerrey y la raya, el patí, el dorao y el moncholo, los venderé y tuito lo que

gane será pa vos. No yorés mama, si entuavía yo puedo ser güeno, como él» — sostuvo, mientras que con sus dedos secaba la humedad de sus ojos.

La viuda se volvió asombrada y creyó que sólo un milagro podía haber convertido así a su hijo tan incomprensible, y alegróse en medio de sus tribulaciones, del recuerdo para con el muerto.

El duelo y el dolor habían trocado, de veras, el corazón de Perico y se lo habían entregado, lo había reconquistado, después de tanto ruego y después de una larguísima espera; daba gracias a Dios y recibía al hijo para hablarle de cerca e inspirarle esa confianza y ese amor que en vano había intentado hacerle sentir tantas, tantísimas veces...

No sin trabajo, no sin esfuerzos, no sin luchas pudo el sucesor de don Cándido sofrenarse en sus reticencias y dominar su temor, su cortedad y su natural rebeldía por la sociedad de los demás. Ignoraba por completo el oficio paterno, necesitaba preguntar muchas cosas que ignoraba a otros pescadores, pero esa mezcla de orgullo y horror a toda asociación, ese no querer deber nada a nadie, lo sujetaba tantas veces a sí mismo, evitándole todo acercamiento y al retrotraerse, siempre lo hacía en perjuicio propio.

Los que no podían olvidar a don Cándido y sa-

biendo que su único descendiente quería incorporarse al gremio, hacían cuanto les era posible por encaminarlo y por iniciarlo en los conocimientos indispensables sobre el Paraná y sus habitantes.

Había momentos de verdadero combate interior, de dura prueba para el montaraz, en que quería abandonarlo todo, porque sentía nostalgias de su libertad, allá... perdido en los encantos de su soledad, donde vagaba, sin que nadie pusiera sus ojos en él, ignorado de todos, bajo la fronda, escuchando los pájaros isleños que se concertaban para dejarle oír sus melodías; no podía olvidar, ni el canto, ni el silbido de la calandria, del zorzal, del boyero, del tordo, de la tacuarita y del jilguero. Los conciertos endiablados lo seducían, lo embrujaban, lo arrastraban hacia el fondo del monte; pero no: acordándose de que se había propuesto seguir la ruta paterna y de la promesa hecha a su madre, se vencía, se enroscaba en su firme decisión, continuaba en su tarea, aún tan pesada, tan difícil y complicada para él, sobre todo para quien una obligación cualquiera, se convertía en pesada cadena que sujetaba sus pies que no le permitían marchar a su antojo y que lo sublevaba a ratos.

Sin embargo, poco a poco, la fierecilla de la isla se domaba, poco a poco ganaba un tramo, daba un

paso hacia la conquista de los pormenores de su aprendizaje, poco a poco iba por vías del dominio de sí mismo, civilizándose, modelando su carácter, incorporándose a su pequeño comercio. Y aunque tímido, áspero y parco en el hablar todavía, ya no desdenaba al que le dirigía la palabra, lo escuchaba hasta con atención, y lo observaba con curiosidad, tratando de imitarlo o de copiar algunas de sus modalidades. Lentamente, iba despojándose de sus injustificados empaques y sus caprichos y se decía que la buena sombra de don Cándido lo seguía, pues en más de una ocasión ya se había acercado a algunos a preguntarles si necesitaban de sus servicios. Esto asombraba a los que lo querían bien y trataban de atraerlo.

Ya no miraba con encono, con enojo o rencor a los demás, que sólo podían haberse engendrado en su alma solitaria, puesto que en las islas del Paraná, la gente generalmente de buena índole, sencilla, hospitalaria y la continua comunicación y la similitud de costumbres, hace que unos y otros, compartan suerte y desgracias y se ayuden mutuamente.

Empezó a encariñarse por seres y cosas que lo rodeaban, y como sus antecesores, amó el Paraná y sus islas, esos canastillos del más bello verdor,

que la Naturaleza colocó de trecho en trecho de su cauce para dar mayor poesía al paisaje y se entregó de lleno, después de un tiempo, a su faena y salía en su canoa para volver satisfecho y contento de su jornada a gozar de la tranquilidad del refugio que les dejara don Cándido.

COMO EL SOL DE LA VEJEZ.

Desde su nacimiento cuidaron con cariño la existencia del nietecito Jesús. Este, a su vez, desde temprana edad, procuró recompensar a sus abuelos, y sobre todo, después que él quedó paralítico e imposibilitado para el trabajo y desde que ella, la anciana, estaba obligada a guardar cama muy a menudo, debido a antigua enfermedad, contraída, también en su faena diaria.

Jesús había entrado a prestar servicios en una casa de comercio de un pueblo, distante dos leguas. Al caer la tarde, regresaba y después de sentarse a veces un rato en el camino, solía emprender la marcha, alentado por la esperanza de llegar al rancho, donde bondadosamente, preparaba el alimento de los enfermos y luego, los cubría, y ellos contentos lo besaban, le daban la bendición y que-

daban tranquilos, con el apoyo en ese niño, consuelo y esperanzas de sus días de quietud triste y dolorosa.

Una noche, el paralítico sufrió un ataque que puso en peligro su vida; Jesús pasó junto a su lecho, prestándole sus más solícitos cuidados, pero a la mañana siguiente, tuvo que abandonarlo para no faltar al empleo; pues temía perderlo, puesto que sabía, cuántos males podía acarrearle.

A la hora de la siesta de un día caluroso, el negocio en receso, Jesús, cansado por el insomnio y las fatigas de la noche anterior, se quedó dormido sobre unas bolsas vacías.

De pronto, el patrón, pasó junto a su lado, y sólo él era capaz de despertar a un ser tan inocente, cuyo sueño, parecía custodiado por un ángel bueno; lo sacudió fuertemente y lo amonestó con toda maldad:

—Despierta, y toma, es todo lo que te debo — le dijo, al mismo tiempo que le arrojaba unos pesos al suelo. — No pises más esta casa.

—Señor, usted conoce a mis abuelos. Usted los sabe enfermos, no tienen otra ayuda que la que yo les puedo prestar. Por ellos, sus viejos conocidos, apiádese de mí, castígueme en otra forma; pero no les quite el pan. ¿Qué será de nosotros?...

Se alejó rezongando, y Jesús apenado y triste, con opresión en el alma, se encaminó hacia el rancho de sus abuelos.

Con gran asombro, al verlo llegar a hora no acostumbrada, el matrimonio se alarmó. Al rato, no pudiendo reprimir su dolor, el niño sentado en la cocina contigua, prorrumpió en un sollozo que la anciana alcanzó a oír y en seguida, más nerviosa e inquieta que nunca, gritóle con desesperación:

—¿Lloras? Sí, tú lloras y sufres, no me ocultes nada por favor. Confía en mí que yo te enseñaré a tener fortaleza. Mira con qué resignación sobre llevo mi cadena, Jesús mío.

—No; te equivocas, — dijo, mientras secaba una lágrima que se escapó de sus ojos y pretendiendo apurar solo, el cáliz de su dolor.

—Algo malo me anuncia el corazón. Díme toda la verdad por cruel que sea. Contesta, ¿tu patrón te ha despedido, no es así?

—Sí, abuelita, y aunque le he suplicado por ustedes, no he conseguido ablandarlo.

—¿Es posible, que ese hombre que se adueñó de todo lo nuestro, indebidamente, que abusó de tu abuelo, un honesto trabajador de buena fe y confiado, ese mal sujeto que nos creó esta situación que hoy empeora nuestros achaques, el mismo que

nos dejó en la calle, es el que hoy te expulsa a tí, único sostén nuestro, sin mayores razones?

—No importa, ustedes son más felices en su pobreza, pues con todo su dinero no consigue comprar una sola simpatía, mientras que muchos le echan en cara lo mismo que tú acabas de contarme. Muchos sufren porque él les privó de sus bienes o porque les negó dinero que ganaron en buena ley o depositaron en su casa.

—Eso consuela, tienes razón, no es nada deseable su fortuna y su nombre aborrecido como el desprecio con que se le mira, no puede satisfacer a nadie. Pero, ¿porqué vuelve a poner la desesperación en nuestra alma? ¿No le bastó ya el mal que nos había hecho, Dios mío?

—No te aflijas que yo buscaré donde colocarme, procuraré traerles siempre todo cuanto consiga; no desesperes. Hubiera preferido ocultártelo todo, pero tú me obligaste a hablar...

* * *

Todos los días, montado en su caballo, que unos vecinos le habían prestado, salía para buscar alguna ocupación, pero la época era mala, los chacareros y estancieros habían reducido el número de sus peo-

nes y la cosecha de maíz azotada por serios contratiempos, era escasa y mala...

Cuando el sol bajaba al occidente, como un enorme ojo de acero y se hundía en el horizonte, Jesús tornaba la brida y regresaba entristecido; sin embargo, la esperanza aleteaba en su seno y al día siguiente, lo impulsaba a ensillar su «flete» y a recorrer otros caminos.

Una tarde, apenas había salido de su casa, cuando vió a lo lejos un automóvil encajado en un pantano; servicial por naturaleza, galopó rápidamente y llegó para encontrarse con un antiguo colono a quien ofreció inmediatamente su cooperación. Rápidamente le fué aceptada, pues necesitaba el vecino del percance, llegar cuanto antes, al pueblo cercano, donde debía encontrarse para cumplir con una obligación bancaria.

Inmediatamente, Jesús ató un extremo de una soga que llevaba al recado de su caballo y el otro al automóvil, y así después de una hábil maniobra, tirando hacia adelante y atrás, varias veces, se logró que el vehículo arrancara y se pusiera en condiciones de proseguir su camino. Reconocido a la oportuna ayuda del muchacho, le preguntó cuánto debía pagarle por su servicio, intentando, por su parte, agregar a ello una buena propina. Su situación

hubiera tentado a otro a abusar, como pasa en casos semejantes en la campaña; pero no, él rehusó todo a pesar de las repetidas insinuaciones del vecino.

—Debemos ayudarnos — dijo — en estas soledades; no lo he hecho por interés alguno, nada más que por auxiliarlo, como debía. Sin embargo, le recomiendo que cuando sepa de algún puesto o de algún trabajo por aquí cerca, me lo haga saber por favor; pues usted sabrá que he quedado sin el empleo en la casa de Gutiérrez y que desde hace varios días, recorro inútilmente todos nuestros alrededores, buscando ganar algo para mis dos abuelos enfermos.

—No sabía nada de lo que te ocurre, buen muchacho, y como tú dices bien, estamos por estos mundos de Dios para socorrernos unos a otros. Toma, entonces, esto que has ganado, con tu buena voluntad.

—No puedo, pues faltaría a los deberes de vecindad, deje, se lo agradezco, pero no puedo recibirlo.

El colono supo apreciar en todo su valor el gesto de Jesús, se le hizo simpático y se creyó en la obligación de hacer por él cuanto le fuera posible. Así fué que dijo, después de pensarlo un rato:

—Mañana iré a visitar a tus abuelos y trataré

de sacarte del mal paso, a mi vez. Así que hasta mañana. — Hizo un ademán de despedida con la mano y salió a toda velocidad hacia el pueblo.

* * *

Fiel a su palabra, a las nueve de la mañana siguiente, el vecino se presentó en casa de los Rosales llevando una bolsa con provisiones, propuso después de saludar a sus viejos amigos, dar una ocupación al nieto, cuyo mensual permitiría un poco de la tranquilidad que hacía un tiempo buscaban. Las excelentes cualidades que adornaban a Jesús merecieron aprecio y le valieron, a poco, simpatías generales. Se desvivía por dar gusto y por cumplir con sus obligaciones.

La alegría iluminó de nuevo su rostro tan infantil y llegaba a su casa a tranquilizar a sus viejos y a hacerles más llevadera la vida. Ellos, por su parte, como siempre, al verlo aparecer, se regocijaban, revivían, lo besaban luego y se aferraban a ese dulce afecto que consolaba su débil ancianidad y sus días de quietud tan tristes. Era el nieto para ellos, como el sol de la vejez, el consuelo y la esperanza de sus horas.

VALORIZAR EL PATRIO SUELO.

Ventura del Solar se había levantado más temprano que de costumbre y después de dar un paseo por las calles del jardín de la mansión paterna, se presentó en el escritorio de su padre, quien se ocupaba en esos instantes en arreglar un montón de papeles, cuentas y documentos.

—¿Te sorprenderá — le preguntó su hijo, después de haberlo saludado — de verme aquí a estas horas?

—En efecto, pero bien puedes haber abandonado ya el lecho para entregarte a tus estudios, pues no ignoro que tus exámenes se aproximan y desde que sé que te preocupan, supongo que como todos los años, éste me darás la satisfacción de contarte entre los primeros.

—Te equivocas sin embargo: hoy he querido despejar bien mi mente con la brisa matutina, puesto que tengo que comunicarte algo muy importante. Se trata de una resolución que pienso tomar, previo tu consentimiento, naturalmente, y tu opinión al respecto...

—¿Qué quieres decirme? Me asusta tu tono y tu seriedad.

—El caso lo requiere. Debo decirte, primeramente, que no ignoro la difícil situación por que atraviesas. Sé más; sé que estás desesperado y que haces esfuerzos inauditos, para que hasta nosotros, tus hijos, no trascienda lo que tú supones tan infausta noticia. Mas yo estoy convencido de que debo prestarte todo mi modesto concurso, si como es posible, según creo, podemos evitar el naufragio que nos amenaza.

—¿Deliras, sueñas, qué piensas hacer?

—Calma, escúchame: vengo a pedirte autorización para dejar mis estudios e irme a trabajar a la estancia, la que está muy abandonada y en manos de un mayordomo que ha dejado de sernos fiel, como hemos podido comprobarlo el verano pasado.

—¿Cómo? ¡Quieres abandonar la medicina! Piensa que eso sería una locura, puesto que tú llegarás a ser uno de los médicos que ya han hecho honor a nuestro apellido; eres ya una promesa para la ciencia, lo que no deja de enorgullecirme y me hace confiar tranquilamente en tu porvenir.

—No dudo que con mi esfuerzo y la vocación de que me siento animado, podría alcanzar triunfos en mi carrera, pero por hoy, otros deberes me imponen y me impulsan a cambiar el rumbo de mis primeros propósitos... La bancarrota sobrevendrá irremedia-

blemente, si no ponemos freno a la marcha precipitada hacia donde caminamos: la ruina.

—¿Qué conseguirás tú, si yo con mis años y mi experiencia, hace ya tiempo que agoto mis recursos, sin alcanzar a detener un fracaso irreparable?

—No diré que carezcan de fundamentos tus desconfianzas, ni que me consideres un lírico: te sobran razones para ello, puesto que jamás te he dado pruebas, ni de pericia, ni de capacidad, para ponerme al frente de una empresa como la que estoy dispuesto a realizar, si tú consientes... Yo te aseguro que me siento animado de los mejores propósitos y con ansias de jugarme completamente en la lucha que me espera.

—Eres un niño: tu loca fantasía juega un papel importante en esta acometida; pero no se cancelan cuentas, ni se cumplen con perentorios compromisos bancarios, ni se llenan las exigencias de los acreedores que nos asedian sin piedad, con logaritmos imaginarios. ¡No, hijo mío! Tu quijotada te conduciría al fracaso y a mí, al arrepentimiento por habértela permitido.

—Todo lo que quieras, pero convén en que nuestros campos y la estancia pueden ser nuestra única salvación, y por lo tanto, déjame partir, pues no dudo que a la larga comprobarás que existen ra-

zones justificadísimas para que yo tome ésta de terminación.

—¡Cómo! ¿Has de truncar tu carrera para la que pareces predestinado? Medita, pues tu juventud pone una venda en tus ojos que no te permite ver muchas cosas — afirmó descreído y con bastante ironía el señor del Solar.

—Me tengo fe y no te propondría mi cooperación si no tuviese seguridad en mí mismo y me expusiese sin eso, por lo tanto, a desempeñar un papel poco airado.

—Tú, el joven mimado de nuestro círculo, el muchacho sociable, ¿vas a resignarte a la soledad del campo, a vivir poco más o menos como un ermitaño?

—¿Porqué no, si con ello consigo la paz que faltará a todos en esta casa? Cualquier sacrificio me impondré hasta conseguir mi objeto.

Conmovido y estupefacto, del Solar, miraba a su hijo con ojos azorados. Costábale en el alma otorgarle el consentimiento que le pedía. Daba mil rodeos para contestarle favorablemente y le propuso al fin dejar la respuesta para el día siguiente, a lo que Ventura le dijo:

—Es inútil si crees que yo pueda desistir, pues lo tengo todo bien meditado. — Y para probárselo, le dió a conocer un atrevido plan que había concebi-

do y en él había sido ayudado con sanos y atinados consejos por amigos de la casa, muy expertos en asuntos financieros.

Atónito el padre lo escuchaba, y convencido de la habilidad insospechada y de la férrea voluntad que parecía obedecer a una inspiración superior, consintió finalmente en dejar partir a su hijo para iniciar una organización inmediata y encaminar por mejores vías la marcha de sus tambaleantes negocios.

* * *

Con gran sorpresa de la familia y de amigos, Ventura se alejaba hacia «La Calandria», el veinticinco de Enero...

Al llegar, de inmediato, trocó sus trajes a la moda y sus corbatas primorosas por la sencilla indumentaria campera, inició en seguida un examen e inventario de todo, y por ende, en el cultivo de las tierras heredadas de sus abuelos.

Se rodeó de personal competente y sobre todo, de un hombre experto en cuestiones de campo, lo que le era imprescindible aprender, pero que no escatimó esfuerzos ni empeños en conseguirlo poco a poco.

Trabajaba incansablemente desde las primeras horas matutinas hasta altas de la noche, sobre todo, al principio.

El arado rompió por su disposición muchas áreas y el trigo sembrado, creció para ofrecer, algunas veces, el mejor grano de la República.

Las plantas forrajeras llenaron los potreros, donde pacían gran cantidad de ganados. A medida que las circunstancias lo permitían, éstos se refinaban con la adquisición de animales de raza. Así, después de mucha tenacidad, después de años de constante labor, los productos de «La Calandria» eran admirados en las exposiciones rurales que anualmente se realizaban en la Capital y en la ciudad de Rosario, los que obtenían los mejores premios, los que tanto hablaban en favor del argentino, que con acierto se dedicaba a una de las empresas más importantes del país.

Además, anualmente, trenes y trenes cargados de haciendas de «La Calandria», elegida por prácticos revisadores partían para los frigoríficos donde las reses bajo la acción del frío se convertían en la carne congelada que se remite al extranjero y que ya ha hecho acreditar a nuestro país, como uno de los mejores mercados del mundo. Ventura, no estuvo sin embargo, exento de dificultades y de se-

rios contratiempos que llegaron hasta robarle el sueño. En primer lugar, cuando se hizo cargo de la estancia, se vió obligado a multiplicarse en sus actividades y en las combinaciones bancarias que le permitieron solventar poco a poco, los numerosos pagos pendientes.

Además, si en los primeros años, el tiempo que es factor tan importante en la suerte de los sembrados, lo favoreció, otras veces, un viento intempestivo se llevaba todo el trabajo de los pobres colonos, y por ende, las ganancias de «La Calandria». Cuando el trigo se levantaba orgulloso de lo que podía ofrecer, una helada quemaba sus verdes hojas o la lluvia que se esperaba como una bendición de Dios, no se producía y agotaba la paciencia, amargando los días de los que se habían afanado por volcar la semilla en la tierra. No faltó tampoco el acridio funesto, la plaga maldita, que con una voracidad devastadora, arrasaba los campos y sumía en la desesperación al que sembró sonriente, con esperanzas de recoger el premio de su labranza. A veces, también, el precio de los cereales estaba lejos de acercarse a los cálculos que habían hecho vislumbrar óptimas ganancias.

Más de un año también, el precio de la hacienda bajaba o una peste imprevista aparecía para dejar

el tendal de animales que se debatían en horribles convulsiones y morían irremediablemente, eran presas de fiebre o del carbunclo y otras tantas enfermedades, las que a pesar de las vacunas, sueros y preventivos descubiertos, no se conseguía detener, sino después de centenares de víctimas, lo que redundaba en grandes perjuicios para el estanciero del Solar. Sin embargo, Ventura, a pesar de todas las tribulaciones que eso producía en su espíritu y su ánimo, nunca se dejó invadir, ni absorber por el pesimismo; luchó tenazmente, combatió los obstáculos y con una fuerza de voluntad encomiable se resignaba con la poca suerte de algunos años; pero seguía firme en la huella del trabajo, dando ejemplos a sus subalternos e imprimiendo valor a sus arrendatarios. En la lucha se retemplaba su espíritu y el ardor por sus provechosas iniciativas renacía para convertirlas en buenas obras. Los colonos contentos lo contaban como a un protector, pues en más de una ocasión, los había ayudado con dinero o esperas prudenciales; era además el consejero, el que con palabras de aliento en sus fracasos agrícolas, los impulsaba a empezar la tarea todos los años, enseñándoles a tener fe en la labor y a no contar solamente con los triunfos fáciles. Más de uno de los que se acercaban a él, vencido por continuos

reveses, se retiraba como con un bálsamo en el alma, como con el espíritu renovado, con el refloreCIMIENTO de una nueva esperanza.

De la gran colonia que administraba, con el andar del tiempo, muchos chacareros llegaron a dispersarse por distintos pueblos o ciudades de la República, con una pequeña fortuna con la que emprendían otras actividades y se empeñaban en dar educación a sus hijos, algunos de los cuales, seguían hasta estudios superiores para llegar a ser profesionales inteligentes.

Contemplaba Ventura, a veces, su obra y sentíase complacido, pues gracias a su oportuna decisión, ya había ganado toda la confianza de su padre; había mantenido sólidamente el honorable apellido heredado, la familia gozaba de la tranquilidad que estuvo a punto de perder para siempre, mientras que había contribuido a dar gran valorización a un extenso pedazo de la provincia de Santa Fé. Había conseguido al mismo tiempo, que los extranjeros que lo fecundizaban con sus puños, de ideas sanas y aspirantes, se vinculasen a este suelo con amor y con cariño por haber encontrado en él una segunda patria y por ser la de sus retoños, sus hijos, a quienes legaban los principios de trabajo y honestidad.

Ventura del Solar, era así, un «pionéer» del progreso, un soldado incansable del trabajo, un elemento útil al país y un hijo excelente. Gracias a su habilidad y su constancia, «La Calandria» se había acreditado de tal manera que se le tenía por un establecimiento modelo en su género, visitado hasta por los más distinguidos viajeros que llegaban con curiosidad de conocer nuestra tierra fértil y pródiga y las fuentes de nuestras riquezas y nuestro progreso comercial. Más de uno, impuesto de la administración de del Solar, lo había felicitado como así también, por los campeones que habían desfilado ante jurados exigentes y conocedores; pues eran verdaderos exponentes de una mestización o raza admirable.

FANTASMAGORIAS NOCTURNAS

—¡Qué noche pacífica y silente!

El cielo semeja una exposición de pedrerías luminosas. En el raso azul del inmenso estuche se destacan en un gran sector, brillantes de primera magnitud, mientras que más allá, se apiñan, se agrupan en número infinito, otros que parecen pequeños botones de oro; en otra parte, la Vía Láctea, luce la diadema de la noche.

Las Tres Marías, las tres gracias celestiales, inconfundibles, levantan hacia ellas las pupilas terrenales.

Como símbolo de redención eterna, La Cruz del Sur, refulge con resplandores auríferos sobre la seda celeste.

Esparce suave fosforecencia, El Carrito, vehículo luminoso y encantado del imperio de armonías ideales.

Planetas a cuyo alrededor se mueven otras estrellas, asoman cual pupilas impregnadas de sacro fuego. He allá, luceros que cual fanales y farolitos lejanos, destellan y deslumbran con fascinación extraña.

Broches engarzados como con miriadas de bichitos de luz forman muchas constelaciones.

El oro y las piedras producen juegos luminosos admirables.

¿Quién enciende noche a noche esa fantasmagórica joyería nocturna? ¿Quién dispone con arte y gusto esa feérica exposición armónica y hermosa?

Arriba reina el misterio, y allá como aquí abajo, aguza la mente humana, pues a pesar de todo su poder, hay algo más allá, mucho más allá de sus dominios, que la imaginación de mayor vuelo no puede abarcar; el hondo e impenetrable misterio

que no han alcanzado a descifrar aún, ni los más doctos, ni los más creyentes, ni los más grandes filósofos de todos los siglos. ¡Misterio! ¡Abismo donde se pierde la grandilocuencia de los astros de la tierra, mar donde naufraga toda la sapiencia humana!...

De súbito, aparece la luna, se asoma, se levanta como un descomunal reverbero lanzando sus plateados fulgores sobre los campos y la bóveda celeste, y entonces, el gran escaparate, la fantástica exposición nocturna, de oro, brillantes y pedrerías, adquiere un realce radioso.

RINO

Sus padres eran ricos y muy distinguidos pero jamás Rino, tuvo un gesto, observó una línea de conducta que pusiera de manifiesto diferencias entre él y los humildes alumnos de la escuela donde concurría. Al principio, sabedores algunos de las condiciones de sus ascendientes, lo miraron con recelo; otros, instintivamente se alejaron de su presencia y otros más, con cierta desconfianza observaban la sencillez y distinción de su elegancia impecable. Rino, serio, parecía observarlo todo, y po-

co a poco, con suavidad y con palabras y modales atrayentes, con diplomacia infantil, fué ganándose la voluntad y el corazón de toda la muchachada. Fué reconocido a poco andar, como el más sencillito entre sus compañeros y como el más atento y más bueno. Si se producía después alguna disputa él era llamado a dirimirla o para que diera el fallo en cualquiera contienda que se suscitaba. Tenía, al parecer, el tacto especial e intuitivo de los justos, y por eso, se tenía fe en su palabra y en sus razones.

Poseía una inteligencia destacada y un gran amor por el saber y trabajaba con ardor, figurando siempre, entre los primeros. Sus maestros le vaticinaron un brillante porvenir, si con los años, seguía cultivando su mente privilegiada. Con esos dones pudo despertar envidias; pero no, porque la modestia que lo caracterizaba, no permitía más que admiración.

No quiso cambiar nunca su modesto ambiente ni su escuela, cursó ahí todos los primeros estudios y no se retiró hasta que se vió obligado a proseguir cursos superiores, mucho provecho sacó de esa casa de estudios y guardó para ella, siempre, su mayor reconocimiento.

Rino continuó recogiendo sucesivamente en sus

estudios de derecho triunfos y afanándose por las conquistas culturales. Era una promesa juvenil, en la que cifraban esperanzas los que lo conocían y sus condiscípulos de derecho, especialmente. Tenía una fluidez y facilidad de palabra admirables, mientras que sus juicios y sus ideas personales magníficamente expresadas, merecían aprobaciones generales y el aplauso de los cultores del buen decir. Empinándose, escalaba altas posiciones en la juventud estudiosa, sobresaliendo con méritos personales para convertirse con el tiempo, en uno de los hombres-cúspide de su generación.

Dejó, pues, el más imperecedero recuerdo entre superiores y condiscípulos.

Después entró a formar parte del foro metropolitano, donde se distinguió como hombre de estudio y por la fogosidad y el calor con que se dedicaba a su profesión.

La sección de la provincia que correspondía a su pueblo natal, hasta donde habían llegado sus merecimientos personales, lo eligió para ocupar una banca en la legislatura provincial; desde ahí dejó oír su palabra cálida y efusiva en debates memorables y luego, como representante de los que le otorgaron su confianza, presentó proyectos, los que llevados a la práctica, fueron de gran provecho ge-

neral. Gracias a esto y confiado en las diversas actividades que podía desarrollar, el pueblo lo eligió más tarde, para desempeñar una diputación nacional. No se vieron defraudadas las esperanzas de los electores, pues Rino llegó a ser uno de los verdaderos padres de la patria, él que interiorizado de problemas de urgencia y necesidad social y colectiva, sostuvo en la alta cámara y consiguió que fueran sancionadas, varias leyes que redundaron en beneficio de muchos; además, llegó un instante en que en todo el país se leían con avidez y entusiasmo sus discursos y sus polémicas interesantes, vertidas en un estilo propio, con fluidez y riqueza de lenguaje y que lo destacaban como a uno de los grandes oradores argentinos. Además de todo esto, se singularizaba también, por su acendrado patriotismo y por su campaña constante por todo lo que se podía o se debía hacer en favor de nuestro país, de sus habitantes y de sus hijos especialmente, de los que era un gran defensor. Su palabra era una poderosa palanca, puesta al servicio de toda tendencia nacionalista que inclinaba al interés, a la protección y a la propaganda de todo lo nuestro. Rino se constituyó así, en un agente útil e ilustrado que en términos elocuentes, trataba de levantar el espíritu nacional, el anhelo, la vigilancia y el

fomento de todo aquello que ofrece la Argentina y que con tanta indiferencia, sin que razón alguna lo justifique, suele desdeñarse o descuidarse.

Después de su brillante actuación en el seno de la cámara joven, sus comprovincianos, por unanimidad, lo llevaron a dirigir los destinos de la próspera y rica provincia de su nacimiento. Bien pronto conquistó el aplauso y la admiración por su afán por corregir malas prácticas, por sus altas cualidades, su amor a la justicia, por su ecuanimidad, como así también, porque seguía exteriorizándose como el gobernador más integro y patriota de cuantos se habían conocido hasta entonces.

Además su mentalidad y clarividencia en el futuro le hicieron trazar planes que lo consagraron como a un estadista recomendable.

Todos estos servicios hacían esperar mucho de él; pero desgraciadamente, la muerte lo sorprendió joven aún, a poco de terminar su período gubernamental.

Su temprana desaparición produjo un duelo general, pues se había captado el aprecio y la admiración por su conducta como ciudadano y mandatario, dignísimo ejemplo para la posteridad, además era bien conocido como autor de leyes que inmortalizaban su nombre, como por sus discursos que

constituían una valiosa herencia para la oratoria argentina.

¡Cuántos políticos futuros podrán inspirarse en el ilustre compatriota que no reparó en sacrificios en favor de la grandeza nacional!

CAROS RECUERDOS DE LA INFANCIA

Nunca había podido comprar un distintivo azul y blanco como ese que siempre ostentaban sus otros compañeros. La mañana de un veinticuatro de Mayo se atrevió a pedir, no sin vacilar mucho antes, la cinta anhelada a uno de ellos; pero con tan mala suerte, que obtuvo por respuesta una rotunda negativa; sin embargo no se desanimó y propuso:

—Te resolveré los problemas para la próxima clase si me das la otra escarapela que tienes en el bolsillo.

El otro, no muy aventajado en la ciencia de los números, aceptó inmediatamente la propuesta.

Bristo se puso de inmediato a la obra, y nunca como en esa ocasión, puso mayor empeño en su cometido. Contento, una vez que hubo encontrado la solución buscada, recibía de su condiscípulo una escarapela igual a la que llevaban los demás prendida como una flor de la patria sobre el blanco

guardapolvo. Con mano trémula y emoción en el alma la fijó Bristo en su pecho. Por primera vez la lucía con orgullo, pues le parecía que sus franjas simbolizaban el fogoso patriotismo que animaba otrora a las masas populares y algo del fervor de tiempos idos mientras que le parecía haber recibido con ella, un beso de la misma patria. Sentíase como otro muchacho y más contento que si hubiese conquistado el sol.

A la mañana siguiente marchaba altivo en el desfile escolar, y de tiempo en tiempo, miraba el patrio emblema y lo palpaba con sus dedos, con temor de perder esa bella reliquia heredada del pasado.

Ya en la plaza, con brío, con entusiasmo y con algo de sublime en sus inocentes ojillos, entonaba el himno nacional que siempre hacía vibrar las fibras de su espíritu y con atención, absorto, seguía luego, las palabras con que algunos escolares encumbraban a nuestros venerables próceres y nuestros héroes... ¡Qué deseos de llegar a ser uno de ellos o de poder dedicarles con el tiempo las alabanzas que tanto merecían y cómo se regocijaba cuando oía enaltecer a nuestra bandera que hoy recorre ríos y mares del mundo entero como símbo-

lo de concordia, conquistando el amor y el respeto de todos los pueblos!

LO ARROJA POR LA PENDIENTE BRAVIA

El agua viene de la colina. Cae sobre una peña, cae sin cesar noche y día, baña la pétrea envoltura, y hora tras hora, con mentido y suave acento, va su maligna obra cumpliendo.

Después de carga constante la masa se deforma y achica, hasta que una mañana, aparece un intersticio en su mismo centro, una caries pequeña, como un ojo que se hunde...

Sigue con los meses la pujante acción que desmenuza, hasta abrir una herida que no sangra; pero que ha penetrado, rasgando y mordiendo, fibras y carne.

La piedra, al disgregarse sufre y se lamenta, sobre todo, cuando piensa en la pérfida, en aquella corriente, que ella creyó amiga tan fiel.

Desde su desengaño, mira al agua, a través de la herida abierta, con inquina, con odio y con rencor: mas ¿qué importa a la felona, si se escurre por el huraco, y sin lástima acrecienta su destruc-

ción: tritura, demuele, mientras abre un buco tremendo?

Sigue el tiempo... la caries se agranda, come la bella contextura, y ya después, roe como un cáncer implacable, hasta las mismas raíces, que la sujetan al inmenso peñasco que la sostiene ¡ya queda muy poco!

Un atardecer, mientras nubes plumizas se agolpaban en el Poniente y el sol, como un farol de cristal muy rojo que manos invisibles corrieran, hacia el Ocaso se iba, el agua, satisfecha, arranca el resto de la peña y con un fuerte empujón, la arroja a rodar por la pendiente bravía. Se oye, de pronto, un agudo gemido que retumba en el bosque callado, que el eco repite y que se pierde en lontananza.

El agua, entre tanto, empuja los pobres despojos, los arrastra, sigue su carrera, engrosa el torrente, brinca y canta himnos de victoria. Ríe, ríe de aquellos que burla: entre peñascos serpentea; entre pedruscos como una sierpe se ondula, mientras entre saltos cristalinos se pierden: su loca cargada y su mordaz ironía...

27 de Mayo de 1931.

LA PROBIDAD ABRE EL CAMINO DEL HONOR

De doce a catorce años tenían los tres muchachos que marchaban por la calle de una ciudad de la provincia de Buenos Aires, cuando de pronto, uno de ellos, tropezó con algo, se detuvo, miró el suelo y se encontró con una cartera deteriorada por el tiempo. La levanta en seguida, la abre y nota con asombro que está llena de dinero. No repara ni cuenta la suma.

—Voy a entregarla a la policía — dice inmediatamente.

Los dos compañeros tratan de disuadirlo:

—Pero piensa en lo que vas a hacer; espérate, no te apresures, escucha.

—¿Quién sabe que tú la has encontrado?

—Se mejor amigo y reparte entre nosotros la cantidad que está ahí dentro.

—Compraremos cigarros, ropas y hasta quedaremos bien con algunos de nuestros parientes. ¡Vas a cometer una locura!

—No cuentes con mi amistad; pues sólo un tonto como tú puede dejar de agradecer al azar, a la suerte que ha puesto ese dinero a tus pies, para obligarte a que lo lleves contigo. ¿Lo has robado

acaso? ¿Dónde está el delito? ¡Es tuyo y basta, haz con él lo que se te antoje!

—No desprecies ese presente. Te dejarás llevar con un escrúpulo necio que nadie lo tendrá en cuenta. ¡Ah, no haber sido el afortunado! No hubiese perdido tanto tiempo en tomar una resolución para provecho propio y de otros.

Así hablaban para convencer al amigo los otros dos. Al fin, aquel que había guardado silencio como para apreciar el quilate moral de sus compañeros, sostuvo enérgica y decididamente: — Esta plata no me pertenece y me quemaría los dedos si no corriera a depositarla en las manos que deben restituirla a su dueño. ¡Dadme paso en seguida! — y se fué a escape...

Los otros dos seguían haciendo comentarios que brotaban de la conciencia pervertida, en la que podían nacer mañana otros malos gérmenes semejantes, que pusieran en peligro sus funciones sociales. Ninguno de ellos se hubiese detenido un solo instante en apoderarse del hallazgo y en disponer de él como propio.

* * *

El vecino, dueño de la suma que debía servirle para pagar una deuda que le permitiría continuar

POR EL FUEGO DEL QUINQUE

con un pequeño negocio con él que a penas ganaba para el sostén de su mujer y el de sus hijos, denunció la pérdida a la policía de la localidad. Al cabo de algunas horas, un empleado de la misma repartición, le comunicaba que había sido encontrada y que podía pasar a retirarla. Precipitadamente llegó a rescatarla y al encontrarse con el muchacho que la puso en sus manos, le dijo, tratando de expresarle su agradecimiento: — No te puedes imaginar el servicio que me haces, pues esto representa el sudor de mi trabajo y el producto de muchas privaciones. Contó en seguida el dinero y comprobó que no faltaba nada. Te quedo agradecido para siempre y permíteme que te entregue esto para tí — manifestó mientras le hacía entrega de un billete de cincuenta centavos, — discúlpame por no poder ofrecerte mayor cantidad, dadas mis circunstancias.

El muchacho sin un cobre en su bolsillo y sumamente pobre, rechazó con energía toda gratificación, sosteniendo: — De ninguna manera, puesto que yo no he hecho más que lo que debía, no hay mérito alguno en devolver lo que no me pertenece y en respetar la propiedad ajena.

Insistió nuevamente para que cediera en su decisión; mas no consiguiendo persuadirlo ni conven-

cerlo, el modesto comerciante, le habló así:

—Puedes estar contento de tí mismo, pues posees una probidad que te enaltece, que te permitirá abrir muchas puertas, como así también, el camino del honor. Tienes una condición envidiable y uno de los mejores tesoros que debes conservar toda tu vida. — Le estrechó la mano y salió contento de poder cumplir con un compromiso tan importante para él en esos instantes.

EL NIÑO DESCALZO

Le pinchan, le punzan los pies: las piedras, los guijarros, las zarzas y aguijones del camino. Sus plantas sangran; ya no puede más; se detiene y desespera sobre todo, porque la noche llega y no podrá arribar a la casa donde se asila su padre.

¡Cuánto envidia unas viejas zapatillas, el más burdo calzado, para no caer rendido por segunda o tercera vez!

Atravesará pronto el arroyo, descansando así, de las mortificantes asperezas del suelo; pero después, seguirá hollando piedras, guijarros y espinas.

¿Es acaso el martirio que la suerte le impone para alcanzar a ver al autor de sus días?

Sigue,... no hay piedad; más se abren las heridas, más sangre escarlata dejan sobre la erizada ruta. La sed, el hambre lo acosan, pierde la esperanza de encontrar un solo ser humano que lo alivie y lo socorra; los ojos se le nublan por la debilidad que lo consume; el calor quema sus carnes; ya no resiste más... Al crepúsculo, agotado por la fiebre, cae solo, sin una palabra de aliento, sin una ternura, en la desolación más completa y queda tendido ahí, entre la tierra, el cielo, en el que brilla el lucero vespéral, y los árboles de la solitaria carretera, únicos testigos de su desesperante agonía.

LA CARRETA.

La carreta se iba tierra adentro por solitarios senderos, a campo abierto, cruzaba breñales y pastos fuertes, chirriando a veces dolorida, por la indiferencia del que no reparaba sus males, ni engrasaba sus hierros enmohecidos.

Imponía en la extensión: era alta, de techo abovedado, más larga que ancha, de azul y blanco pintada, sobre dos ruedas gigantes y se movía generalmente, al paso de mansos bueyes, uncidos siempre al yugo.

El carretero, desde lo alto o a pie, junto a la

carreta, animaba de cuando en cuando a las bestias con su picana, y así, entraba acompasadamente por el inmenso territorio de nuestras incultas pampas, cruzaba ríos, lagunas y arroyos, de una a otra Provincia se escurría, conduciendo a veces a algunos pasajeros y con un montón de paquetes, los que se iban dejando en el largo trecho, a disposición de los que los encargaban.

El trayecto duraba meses. De común, se emprendía la marcha al teñirse de arrebol la aurora, la que se hermoseaba para anunciar a todos la llegada del sol, y dos horas antes que éste escalara el zenit, se hacía alto y los pasajeros bajaban. Inmediatamente se encendía un gran fuego debajo o junto a la carreta, se clavaba el «churrasco», el que despertaba singular apetito, y mientras tanto, se engañaba al estómago con unos cuantos cimarrones.

La conversación se iniciaba con entusiasmo y se salpicaba con chistes y ocurrencias que brotaban de la sencilla espiritualidad o de la observación y filosofía característica de la gente de campo; se comía después, auxiliado generalmente, con un cuchillo o cuchilla y después de breve descanso, se proseguía la ruta...

Al anochecer se detenía nuevamente a los bueyes para preparar el mismo plato y tomar el consabido

mate. Descansaban los viajeros más tarde hasta el despuntar del alba del día siguiente o si la luna rielaba en el cielo, radiante y esplendorosa, el viaje continuaba y mientras unos se dormían, reponiéndose así del cansancio producido por el traqueteo del pesado carretón, otros contemplaban embelesados hora tras hora el mágico cuadro de la Naturaleza dormida, con su hermoso techo azul, cuajado de faros luminosos, y no se entregaban al sueño, sino en la madrugada.

La carreta, entre cielo y pampa, rodaba. A veces, era sacudida por fuertes vendavales que soplaban con bufidos de bestia furiosa; el agua, de abundantes y copiosas lluvias llenaba los callejones, y el barro y los hoyos y pantanos que se formaban después, ponían en trances desesperantes, sobre todo, a los que tenían más o menos prisa por llegar a destino.

El carretero, algunos viajes, solo, lo sufría todo: el frío que cortaba el rostro, el calor; todo lo sobrellevaba con paciencia y con una filosofía extraordinaria. Valiente, sin más arma que su cuchilla, iba y venía por dilatadas soledades, era el noticiero de Buenos Aires, que se esperaba con impaciencia y se recibía con simpatía. Ha tenido importante papel en nuestra historia de antaño; común-

mente honrado, se tenía más fe a su palabra que al mejor de los documentos, y acercaba y unía a los pueblos más desamparados y más distantes; su discreción, por otra parte, no inspiraba más que confianza.

Entre cielo y pampa, al sol, al viento, a la intemperie, por desoladas regiones, la carreta tirada por bueyes mansos de ojos tristes, de paso lerdo, acompasada y lentamente, cumplió otrora una benéfica misión, hasta que con el tiempo, vehículos más veloces y cómodos, fueron desplazándola poco a poco, y poco a poco también, le fueron asignando un lugar, sólo en la estampa y en el museo; pero siempre habrá para ella, algo que el tiempo no desplanta: un recuerdo imborrable en la historia de nuestros medios de locomoción y en las correlaciones mutuas que ella pudo mantener en la familia argentina.

PORTAVOZ DEL PROGRESO

Marcha, a gran velocidad se acerca; viene, potente, formidable, aplastador, hace temblar todo a su paso y arrolla lo que encuentra.

Es el dueño absoluto de su línea y, ¡guay de lo

que en su camino se interponga, porque lo tritura, lo desmenuza, lo destruye, lo aniquila, nada se salva! El coloso es intransigente, nada respeta de lo que invade su dominio o se aventura a ponerse en el espacio comprendido entre las dos paralelas de acero por las que rueda. El fuego de Satanás, arde en su vientre y chorros de agua que hierve, manan de sus entrañas. Es una estrepitosa propulsión la de todo su interior cuando funciona su organismo giganteo. El maquinista, como hábil domador, regula la marcha propulsora, sofrena los ímpetus de ese corcel fogoso, cuya crin de humo se disuelve y desvanece en el espacio.

El coloso prorrumpe a veces en bufidos espantosos o en silbatos estridentes. Allá, sigue arrastrando a su capricho una hilera de wagones, pasa por llanuras verdes, por eriales y desiertos, por campiñas alegres y por pampas extensas; trepa, escala elevadas cumbres; en magníficas espirales asciende a cerros y colinas; recorre vegas y valles, pasa por oscuros túneles; cruza ríos y arroyos por sobre puentes que le tiende la mano del hombre. Baja pendientes, sube lomas, bordea laderas; en suelo firme, en puentes colgantes, al borde de precipicios, da vueltas y revueltas ante escarpados y altos macizos; intrépido, nada le arredra. Si lo dejaran co-

rrer a su antojo, si no existiera esa mano vigorosa que le marca el compás, se desbocaría como un loco, en una velocidad vertiginosa para ir a despedazarse, sin duda, al final; pero, ¡correr sin freno, sin control, gozar de ese poder, de esa facultad todopoderosa una vez tan solo! Mas no; aunque estalle en iras y en protestas de bestia sofrenada, tiene que sobreponerse y obedecer a su guía que es más implacable que él y que le obliga a detenerse donde se le antoja y marchar o galopar como se le ocurra. La rebelión que lleva dentro, parece que a veces en una de esas curvas cerradas del camino, quisiera precipitar lejos y concluir con el que monopoliza todo su ser.

Airoso, otras veces, sin embargo, se sabe admirado, lisonjeado, cariñosamente acogido como portavoz de la civilización, emisario de confraternidad de pueblos y países, pregonero de la luz, de ideas, vínculo de unión con las más remotas lejanías.

¡Cuánto ha hecho en su carrera: ha barrido la barbarie, ha sembrado la chispa del amor en los corazones, ha unido y estrechado a los hombres, les ha insinuado a la compenetración de ellos mismos y los ha encaminado por la senda de la prosperidad!

EL MONSTRUO ALADO (FANTASIA)

En tiempo inmemorial, una tarde, se apagó de súbito, la luz del sol y el mundo quedó en tinieblas.

Resonó el ronco estampido de un trueno largo en el espacio, un soplo huracanado agitó todos los ambitos del mundo, la tierra se estremeció, abrióse un surco inmenso y un monstruo alado, de boca siniestra, de ojos con resplandores infernales, con garras en los dedos, surgió debajo de un bosque de árboles negros. Tímido, al parecer, se agazapó al salir; pero después, irguióse, se elevó por el aire, pasó de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad para dejar en cada una una gota de un raro elixir que contenía un germen del mal. Por éste, se sentirían siempre malignas inspiraciones, se concebirían planes funestos, conjurándose las más bajas pasiones, los terribles instintos, y por consiguiente, la paz de los hogares se quebrantaría y el odio y la guerra encenderían chispas de fuego consumidor.

Era el genio del mal el que paseaba por el mundo, sonriendo de satisfacción cuando convulsionaba a seres, pueblos y continentes.

Nadie ignoraba su existencia, pero ¿cómo apre-

sarlo si estaba protegido por muchos genios y muchas hadas? ¿Qué mortal dichoso alcanzaría a exterminarlo? ¡Cuántos habían intentado en vano, cuántos habían caído muertos por tal intento, o vagaban después ciegos o locos por la tierra!

Su grito siniestro paralizaba hasta el corazón, y todos al oírlo, instintivamente, atinaban a esconderse o a replegarse sobre ellos mismos, de temor a su azote o a su soplo diabólico.

Como una sombra funesta pasaba a veces y se perdía; como un inmenso pájaro agorero cerníase en el espacio; contra él se esgrimían armas; se quemaban óleos santos para combatir sus maleficios, para librarse de sus supercherías; pero nada; invulnerable, con sus alas negras tendidas como por milagro, como banderas funerarias desplegadas al viento que lo llevaban veloz de un extremo a otro, ensombrecía hasta el girón del cielo, por debajo del que pasaba. Cruzaba mares y océanos y hasta las mismas aguas, entonces, en rebeliones espantosas, se retorcían, se levantaban alto, cayendo sobre ellas mismas con un estrépito formidable. ¡Si parecía que mil aliados del monstruo surgían, flotaban en la superficie, para alcanzarlo y seguirlo en su campaña!

Todo el fondo acuático se estremecía, se agitaba,

hervía y hasta los animales marinos luchaban furibundos entre ellos como presos de una locura satánica o de un vértigo destructor.

Ni un solo palmo de tierra se escapó a sus designios; todos los seres quedarían, por consiguiente, subyugados bajo su invisible sombra: todos bajo la extraña influencia de un poder eterno, se debatirían sin cesar contra malos pensamientos, contra ímpetus, contra frenesíes, contra malas tentaciones, contra perversa inspiración, contra el mal, ese germen funesto, dejado por el monstruo, que hace obrar, proceder y pensar desoyendo la voz de la razón y de la justicia, del amor y de la caridad.

Su obra debía ser perdurable e imperecedera, por eso más de una vez, remolineó en el aire, gozoso y febril cuando contemplaba el inconmensurable espacio donde había vertido su ponzoña, su veneno, cuando suponía que iba a extinguir para siempre la tranquilidad paradisiaca e iba a dejar en su lugar en el mundo, chispas o el fuego devorador de Lucifer en las entrañas de los hombres.

Recorrió año tras año el globo terráqueo y volvió, después de mucho andar, al bosque de donde había surgido, y se abrió entonces nuevamente la tierra, para tragarse al genio; brilló el sol; se iluminaron seres y cosas como con cien millones de

luces de bengala y con fosforecencias rosas, liláceas y verdes; la alegría reinó por unos instantes en toda la haz de la tierra. Se vistió así de fiesta el mundo al apagarse para siempre la presencia perturbadora del más funesto y terrible de los genios.

LA QUEJA DE UN HUERFANO

Busco tu rostro, madre mía y no lo encuentro.

Muchos ojos resplandecen de júbilo al verme, mas en vano pretendo descubrir la suavidad de tus pupilas maternas.

Me tratan muchas veces con dulzura, me hablan cariñosamente; pero, ¿por qué no oigo tu voz, que debe ser de rosa y miel?

Palpan a instantes mis sienes afiebradas, alisan mis cabellos, palmean afectuosamente mis hombros, acarician mi rostro; mas tus manos, con que sueño, tus manos blandas y sedosas ¿dónde están? ¿Quién me ha despojado de ese bien?

Cuántas noches te llamo con delirio, despacio, muy quedo; pero no me escuchas. Entonces, solo, en la obscuridad, desespero ¡de ganas, de ansias de verte, madre mía!

REFLEXIONES DE UN ORIENTAL

Es estéril nuestra tierra porque somos apáticos, contemplativos, soñadores. Nos falta la voluntad y la iniciativa por las que los desiertos se convierten en rientes oasis por los que se transforma la materia, se hace prosperar a los pueblos, se los saca del caos primitivo o de la ignorancia y se los ofrece en bandeja de plata a la admiración del mundo.

La tierra es dura, y como el esfuerzo nos espanta, no nos atrevemos o no nos arriesgamos a abrirla. Carecemos de carácter para vencer a la rutina, a la costumbre, al prejuicio, a la herencia ancestral que nos traza una sola línea de la que no podemos o no queremos desviarnos.

Vamos siempre por donde fueron y van los otros, sin una sola rebelión. No conocemos el supremo goce de los grandes triunfos y de las grandes luchas, pues nos conformamos con poco y no tenemos aspiraciones de vencer ni de vencernos.

El clima nos aplasta, por otra parte, ata nuestros brazos y paraliza todo entusiasmo por el progreso.

Nos quejamos de la suerte, nos agobia la tristeza, el aburrimiento nos carcome, y horas tras horas, pasamos el tiempo, tendidos sobre el suelo o so-

bre cojines, en mullidos divanes. Ruedan los pensamientos; las ideas se entrecruzan; pero sin alcanzar nunca a concebir un plan, entre las espirales del cigarro o de la pipa que fumamos, que nos liberte de nuestros principios y de nuestro atavismo.

Raza triste la nuestra con ese dejo de melancolía inconfundible en el fondo de la mirada, raza atada a los siglos, a la indecisión, sujeta como por un imán invisible, y al mandato incondicional de nuestros abuelos.

¿No surgirá alguna vez un cruzado que nos lleve a conquistas mejores y a la renovación de nuestros códigos ancestrales?

NOCHE DE BORRASCA

Las nubes como pompones de gasas grises se retorcían sobre ellas, se agolpaban y corrían en precipitada marcha, cual si fueran impelidas por un soplo invisible. El sol se ocultó y se ensombreció todo el espacio. Zumbaron truenos, roncós y largos, que se sucedieron unos tras otros y los relámpagos pusieron clarores súbitos en la noche oscura; un viento huracanado, borrascoso, empezó a levan-

tarse con fuerza, arremolinóse, arrastrando con pujanza todo cuanto encontraba; silbaba una canción de odio y cólera; corría... ¡buf!... ¡buf!, bufaba y todo temblaba a su azote...

Los sembrados eran batidos; los árboles sacudidos, sus melenas verdes revueltas, y sus mismos troncos, rotos, heridos, prorrumpían en gemidos; sus ramas, retorcidas por fuerza titánica, se quebraban, vencidas, hacia el suelo; crugían en medio de la noche borrascosa. Sus frutos, también caían y rodaban por el suelo, empujados por la fobia del viento de esa noche terrible.

Allá en lo alto, en las ramas, los nidos temblaban sacudidos inconsiderablemente y dramas dolorosos, de muerte, de espanto y destrucción se desarrollaban, mientras que el vendaval apagaba los gemidos de las madres y de los tiernos polluelos, víctimas de su desenfreno: ¡buf!... ¡buf!, seguía en sus bufidos espantosos y aterradores.

El rancho, modesto, lo desafiaba incommovible y entonces redoblaba su cólera y sus arremetidas, ante esa resistencia, se enloquecía más y más, y parecía querer arrancarlo de cuajo de pronto, destruirlo y borrarlo para siempre... Más lejos, otras viviendas fuertes y hermosas, eran juguetes de sus caprichos y su ira implacable y destructora, las

agrietaba con suma facilidad, haciéndolas estremecer y total o parcialmente, convulsionándolas.

UNA PIEDRA, UNA ANTORCHA Y UNA INSCRIPCION

En el bullicio, en los encantos y frivolidades «sui generis» de la hermosa y alegre capital besada por el Sena, hay algo que impone y conmueve. Es una piedra fría, bajo el soberbio Arco de Triunfo, que dice: «Aquí reposa un soldado muerto por la patria». Arde constantemente en uno de sus extremos, una antorcha que un combatiente enciende en la noche; un combatiente que no olvida al compañero caído; al que fué carne de cañón; al que, dejando todo lo más caro y olvidándose de sí mismo, no trepidó en levantar el pendón de gloria para orgullo de Francia; al que se sacrificó en aras de la patria y bien de los demás. La lápida funeraria y el fuego votivo atraen como imán poderoso al turista, al transeunte y lo obligan a detenerse silenciosamente, a dejar flores, a inclinarse, a santiguarse, a elevar una plegaria y hasta a llorar por el dolor de tantas mujeres que perdieron para siempre una corazón que palpitaba por ellas. Más de una vez llega

una de esas madres que no se consuelan nunca porque su hijo no volvió más: se arrodilla y besa la inscripción, solloza como pegada a la piedra, cual si le costara un enorme sacrificio desprenderse de ella y del que sueña, quizás ahí, bajo el misterio de esa tumba, del que por sobre todo, fué el gran amor de sus amores.

Francia en una feliz iniciativa ha rendido así, por primera vez, al soldado anónimo, al héroe de las grandes o pequeñas batallas tanto tiempo olvidado, el homenaje de su admiración, de su recuerdo, de sus lágrimas y ha ganado para él: coronas, palmas, ramos u oraciones de todo visitante del resto de la humanidad piadosa.

LA CODICIA

Cascabeles suenan; alegre música, risas, vida bulliciosa hay en la gran mansión del maharajah; sahumerios, donde arde el incienso, elevan nubes de humo aromático hacia el cielorraso recamado de oro, de sus salas.

El dueño y señor de la vasta y rica comarca está tendido sobre un diván, adornado con piedras preciosas y con pieles de los reyes de las selvas a

sus pies. Contemplativo y soñador, fuma a ratos opio, que le hace entrever maravillas, figuras y escenas fugaces, mundos distintos, hermosos; sueña lejos de la realidad. Entrecierra los ojos, goza, los abre, los cierra de nuevo y así, pasan y pasan los instantes de placer.

De pronto, se incorpora, despertado por el sonido de una dulce voz que le aprisiona, lo retiene y lo conquista en un solo instante. Ante él hay una vaporosa figura, envuelta en gasas azules y cubierto el rostro por un tupido velo blanco.

El maharajah estremecido ante tan rara e inesperada aparición, va a pedir socorro; pero la voz se le ahoga en la garganta; lo intenta de nuevo, el grito traspasa las paredes del amplio salón; mas los que le obedecen ciegamente no acuden, los que lo reverencian con sus amplios abanicos de pluma no llegan, no vienen. «¡Silencio!», entre tanto, impone la desconocida y prosigue, reclamando toda atención: Vengo a decirte que el jefe que mora en el principado vecino es mil veces más poderoso que tú; sus palacios, sus tierras, sus riquezas y sus joyas son más admirables que las de tu posesión. Es potentoso, no tiene rival en la tierra, y por sus inmensos tesoros, no hay otro a quien se

pueda equiparar. Sus posesiones le dan el primer lugar entre todos.

Feliz, transforma en dichoso a todo el que llega o reside en su extenso territorio.

—No me inquieta su suerte, pues yo también soy muy poderoso.

—No te jactes. Tú no eres ni la sombra del otro. Si pudieras observar lo que allá ocurre, lo que hasta la misma naturaleza le brinda y siembra: el verde brillante de sus plantas, la exquisitez de sus frutos, la hermosura de su flora, la corpulencia de sus árboles, el color y la rareza de su fauna, la armonía más dulce de sus pájaros; es mágico su cuadro todo, es maravilloso, estupendo todo cuanto lo rodea; el que traspasa sus fronteras queda cautivado para siempre. Bajo el amparo de una mano poderosa y sabia se rigen los destinos de ese pueblo encantado.

El marahajah, despertado por el dulce acento de la rara aparición, sentía vertirse dentro de su alma un flúido misterioso por el que empezó a retorcerse, inquieto; la envidia esponjaba su ser; la ambición ponía luz vivísima en sus ojos y su imaginación se acrecentaba, emprendiendo de pronto un vuelo descomunal. Se quedó pensativo un breve instante y después, totalmente conquistado, exclamó

levantándose resuelto de su diván y paseándose como un loco: — Quiero ir contra el vecino y robarle, por lo menos, la mitad de su poder y ensanchar los límites de mi mapa.

Con nuevo y más raro fulgor brilló su mirada, la codicia llenó su pecho y todo su ser con el arrullo ensordecedor de innumerables ambiciones.

— ¡Así, así serás algo! No te quedes atrás y por conseguir lo que te dispones, no repares en los medios; vence todo obstáculo y el triunfo será tuyo. ¡Contra tu rival, sin tregua, ni descanso!...

—Armaré a mis hombres que me seguirán, sin preguntarme nada, puesto que dispongo de su voluntad como me place.

— ¡Bravo, bravo, pronto tu nombre figurará en los anales de la historia más famosa! Se hablará de tí como del más grande de los héroes y te engrandecerás, como así también, designarán a tu pueblo como el privilegiado a cuyo frente tendrá un semidiós y tú llegarás a ser el ídolo de tus súbditos..

Halagado por las frases y por el acento encantador, el maharajah continuaba su paseo por la regia sala accionando descompasadamente y trazando planes admirables.

—¡Animo, sacude tu inercia y serás el magnánimo señor de los dos reinos!

—Juro que haré cuanto se me ordena y no cejaré hasta no derribar y convertir en esclavo al que se me designa. Jamás pensé en tal cosa, pero desde este instante, se convertirá en mi única preocupación.

—¡Valor, tu vencerás! — y la aparición extraña, en un montón de brumas y humos coloridos se envolvió y sutilizándose desapareció por un amplio ventanal.

* * *

El país se armó, y un buen día, el codicioso maharajah cruzó la línea divisoria entre los dos futuros enemigos, cayeron sus soldados, como horda salvaje, arrollando, pisoteando todo, de improviso, y no pocos pagaron, luego con la vida, el mandato del amo.

No tardó mucho en caer él también en las redes del enemigo y en pagar cara la envidia, la ambición y la codicia, que en tan mala hora, se despertaron en su alma.

Sufrió la más terrible derrota, perdió su libertad y su pueblo fué sumido en la más vergonzosa esclavitud y se volvió contra él, culpable absoluto

del dolor y de la miseria que lo oprimían.

Perdió su envidiada tranquilidad, sus riquezas, la opulencia y el lujo de su majestuoso palacio, para vivir con la opresión, el desprecio, la burla, y el envilecimiento del más inferior de sus vencedores.

Lágrimas amargas le costó su precipitada invasión, mientras que un profundo abatimiento por el error cometido, se apoderó de su espíritu. Ya nada esperaba, nada más que sufrir en silencio y suspirar por todo lo perdido.

Cuando recordaba el pasado y el cuadro de su país, de su vida y de su pueblo, escondía la cabeza, avergonzado, entre sus manos, quería borrar las visiones que surgían en tropel, en sucesivos torbellinos; pues no podía perdonarse el haber escuchado esa voz seductora, esa voz fatal que le abrió el peor derrotero, que le preparó la emboscada en la que cayó, incauto, dejándose llevar por mezquinos intereses, para usurpar derechos ajenos.

Infaustos instantes de ceguera que lo apasionaron haciéndole olvidar todos sus deberes, posponer el bienestar de sus gobernados a sus fríos cálculos y a su injusta avaricia.

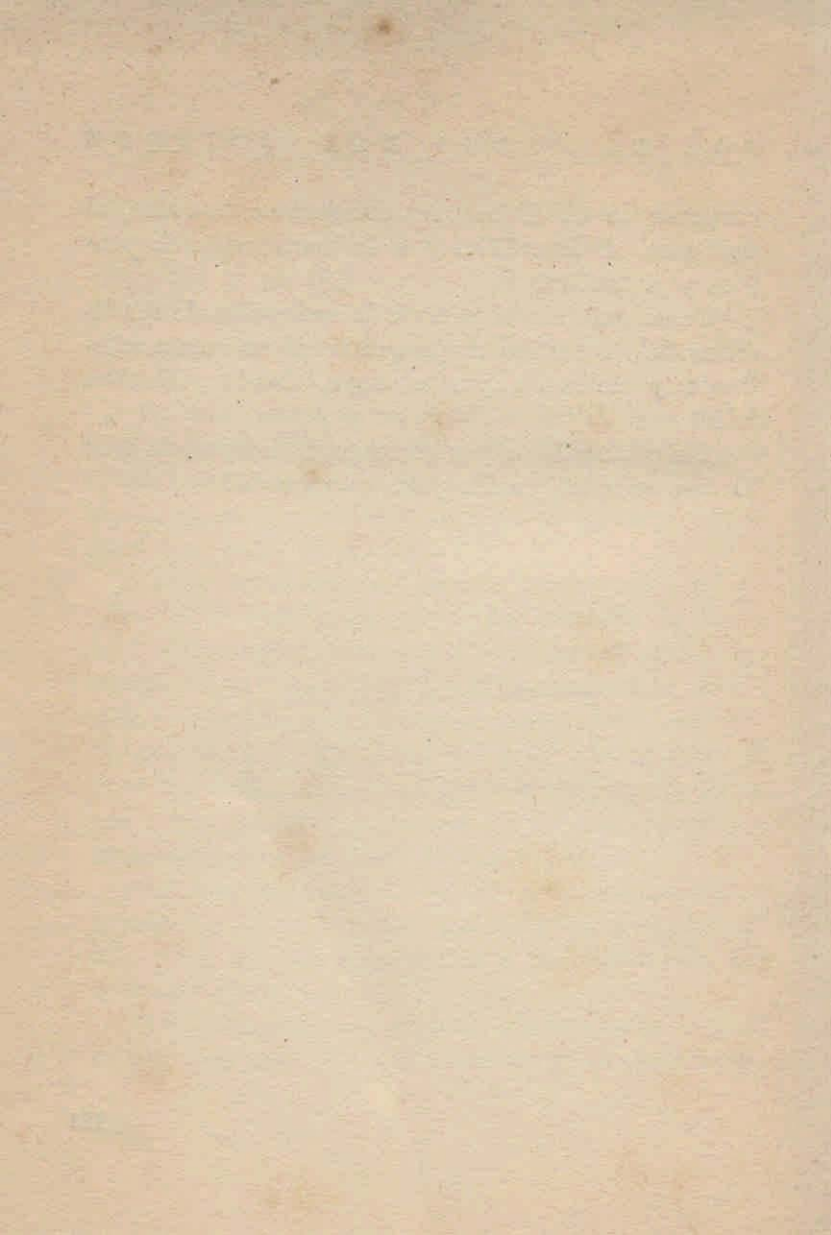
¡Cómo clamaba por aquella visión que lo sacó de quicio, que pasó como en un sueño y que lo hizo in-

corporar de su diván para arrojarlo a la ruina, al deshonor, al descrédito y a la humillación de propios y extraños!

¡Cómo quisiera suplicarle la reducción de los límites del fantástico mapa que trazó su mente afiebrada y delirante por el suyo, donde vivía tan feliz!

¡Cuánto no daría por gozar para siempre, de todo lo que necesitó perder para valorizarlo!





INDICE



	Pág.
Dedicatoria	7
De nuevo rotura la tierra	11
La majada vuelve al corral	12
Jazmines del Cabo	14
Por los suyos y su raza	15
El cofre de madera antigua	16
Volver a la ignorada quietud original	19
En la adversidad	22
La mejor obra de mi vida	27
El asturianito	32
A la luz de una candela	47
Por un cántaro roto	51
Marincha	56
Por el fuego del quinqué	62
Perico, el montaraz	63
Como el sol de la vejez	72
Valorizar el patrio suelo	79
Fantasmagorías nocturnas	88
Rino	90
Caros recuerdos de la infancia	95
Lo arroja por la pendiente bravía	97
La probidad abre el camino del honor	99
El niño descalzo	102
La carreta	103
Portavoz del progreso	106
El monstruo alado. (Fantasia)	109
La queja de un huérfano	112
Reflexiones de un oriental	113
Noche de borrasca	114
Una piedra, una antorcha y una inscripción	116
La codicia	117



*Dióse fin a la
impresión de
este libro a III
días del mes de
AGOSTO de
MCMXXXII
por los Talleres
Gráficos de la
Editorial Tor.*

SC
LIT
1932
MOS

